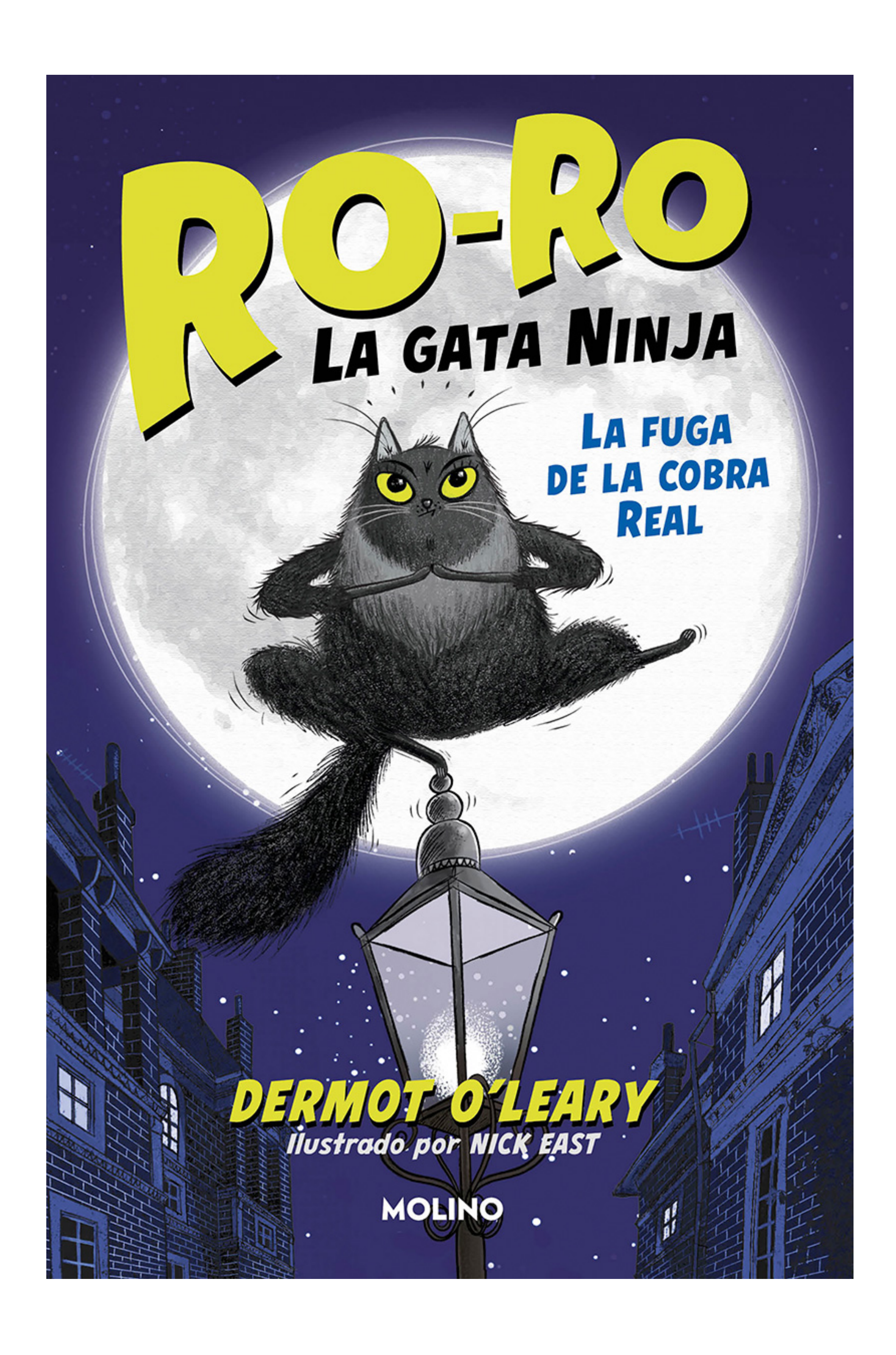
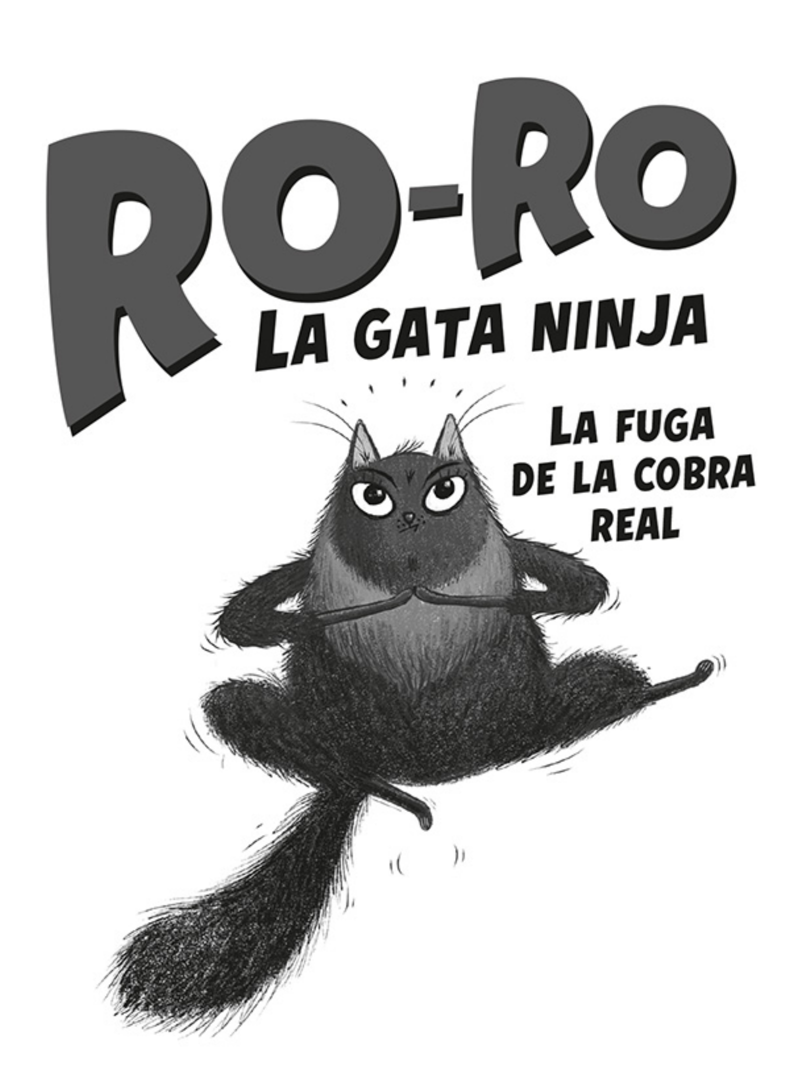

RO-RO
LA GATA NINJA
LA FUGA
DE LA COBRA
REAL
DERMOT O'LEARY
Ilustrado por NICK EAST
MOLINO



DERMOT O'LEARY

Ilustraciones de NICK EAST

Traducción de ISABEL HURTADO DE MENDOZA AZAOLA

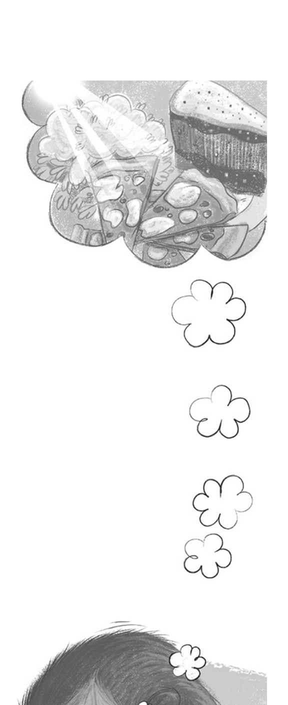
MOLINO

PARA SILVER Y TOTO,

los paisanos más increíbles, valientes y cariñosos de Apulia, y para todos los lectores que sabéis tan bien como yo que vuestra mascota lleva una doble vida —gato de día y ninja de noche—, pero guardáis el secreto.



1



Ro-Ro estaba teniendo el mejor sueño de su vida (había una pizza gigante de pepperoni, un bol inmenso de pasta con queso y, para acabar, un tiramisú descomunal en el que hundir su cara peluda). Pero de pronto algo cortó

en seco los ronroneos a los que debía su nombre y la devolvió BRUSCAMENTE a la fría noche londinense.

¡PUM!, ¡PLUM! y, ya que estamos, ¡CATAPLÚN! Aunque eso se queda corto para describir el espantoso ruido que perturbó el silencio reinante en la serena calle. Era una de esas noches en las que tú y yo estaríamos acurrucados en la cama bajo dos mantas y con una bolsa de agua caliente. Una noche de esas en las que nadie en su sano juicio se levantaría antes de que el perezoso sol de invierno saliera y lo animara, a duras penas, a afrontar el nuevo día.

Y eso hablando de nosotros, los humanos, pero ¿qué hay de los gatos? ¡NI DE BROMA! Un gato no se dejaría ver saliendo de una cama calentita con ese frío ni muerto. No podría volver a mostrar su rostro peludo en la alta sociedad felina. Jamás. «Que se ocupen los zorros y las ratas —dirían la mayoría de los gatos—. Vamos a echar una cabezadita y ya nos vemos mañana, a eso de las… once».

Ese es el motivo por el que Ro-Ro estaba molesta, cansada y un pelín asustada cuando escuchó el ESTRÉPITO MÁS TERRIBLE DEL UNIVERSO, procedente de los contenedores de basura de la calle.

Ro-Ro miró a sus padres. «Se ocuparán ellos, ¿no?», pensó. Pero no se habían despertado. No habían movido ni un pelo.

—¿En serio? —refunfuñó Ro-Ro—. Pero ¿aquí quiénes son los gatos y quiénes son los humanos? Se supone que nosotros, los gatos, somos los que dormimos todo el tiempo, y que vosotros, los humanos, sois los que nos traéis comida, nos acariciáis, nos lo consentís todo, nos cepilláis, nos abrís la puerta para que salgamos y el grifo para que bebamos, nos dais masajitos y, lo que es más importante…, ¡LOS QUE OS LEVANTÁIS CUANDO AHÍ FUERA HAY RUIDOS ESPELUZNANTES! Es un trato justo, pero para que quede claro: ¡se supone que los que dormimos somos nosotros!

Miró a su hermano Silver, que, como su nombre indica en inglés, tenía el pelaje plateado y blanco, una gran cola tupida y patas blancas.



Ro-Ro, en cambio, era una gran bola de pelo negro, gris y marrón, sobre todo con el pelaje de invierno. Alrededor del cuello tenía el pelo más largo, como una bufanda. Silver y ella eran gatos campestres y habían llegado a Londres solo tres semanas antes, después de que los adoptasen dos amables humanos a los que ya llamaban «mamá» y «papá». Bueno, en realidad, «mamma» y «papa». Esos que estaban roncando en la cama.

—Silver —susurró Ro-Ro—. **¡SILVER!** ¿Has oído eso? Creo que ha sido fuera, en los contenedores… **¡EN LOS NUESTROS!**

—Yo no he oído nada —contestó Silver mientras bostezaba y se estiraba.

—Claro que sí, no mientas. Por eso estás despierto. Mira, ahora vivimos aquí y ¡ese es nuestro territorio! Tenemos que salir a investigar.

—Bueno, vale, igual he oído algo, pero ¡puede que sean zorros! ¿Has visto lo grandes que son? No son como los de campo que solíamos ver. Estos son muy malos. ¡Aterradores! Mejor nos quedamos aquí y esperamos a que pase.



—**¡TIENES MIEDO!** —exclamó Ro-Ro.

—Bueno…, eh…, no, pero es que es de noche y hace mucho frío. Además, abrir la gatera cuesta muchísimo y… Vale, vale, lo admito: tengo un pelín de miedo. Mira, Ro-Ro, llevamos tres semanas en este país, estamos intentando adaptarnos, hace frío, somos italianos de sangre caliente, me acaba de despertar quién-sabe-qué ahí fuera y vas y me pides que salga a investigar. **¿POR QUÉ NO VAS TÚ SOLITA?**

—Silver, podría ser un poco complicado. Soy ciega. ¿O ya no te acuerdas? —dijo su hermana.

Ro-Ro tenía razón. Desde que nació, era más ciega que un topo.

Aunque eso no era del todo cierto. Primero, porque ya había conocido al topo del barrio, Eric, y aunque no había podido charlar con él («ahora no puedo, tengo que construir un túnel» o algo así dijo), lo cierto es que no tenía pinta de ciego. Y, segundo, porque algo algo sí que veía. De muy cerca tenía la vista pasable, pero a más distancia solo distinguía formas claras y oscuras. Podía reconocer el contorno de las cosas (como mamma y papa), los gatos (como su hermano), los pájaros que había por ahí (¡qué pinta tenían!) y cualquier cosa que se moviera, la

verdad. Pero le gustaba tener a Silver siempre a su lado. Vale, a veces era un pesado y se burlaba de ella, pero, como la mayoría de los hermanos mayores, era tremendamente leal y quería mucho a su hermana…, algo que no confesaría en público jamás de los jamases.

—Sí, tata —respondió Silver—. Ya sé que eres ciega, pero también eres ninja, ¿recuerdas?

La verdad es que él también tenía razón. De hecho, Ro-Ro era una de las gatas ninja más hábiles del planeta. Pertenecía a un selecto club de gatos ninja porque en Italia, cuando era una linda gatita, había aprendido ese arte de su maestro: un viejo gato de barco llamado Ventura, que a su vez se había formado con un maestro en Japón, el cual a su vez había heredado la técnica de los ancestros… Resumiendo, que Silver tenía razón: la gata podía cuidar de sí misma.

—Vaaale —dijo Ro-Ro—. Bajemos juntos. Tú por tus ojos…

—Y por mi cara guapa —añadió Silver.

—Sí, y por tu cara guapa —repitió Ro-Ro poniendo los ojos en blanco—, y yo por…

—Tus infalibles técnicas ninja —terminó Silver.

—¡Hecho!

—¡HECHO!

Silver tenía razón. Costaba horrores pasar por la gatera, ya fueras ninja o no. ¿Por qué mamma y papa no dejaban la puerta abierta y listo?

Ro-Ro y Silver se habían criado en un olivar, así que todo lo que fueran puertas, gateras o similares aún les parecía un tanto extraño. Pero, una vez fuera, fue bastante sencillo: cruzaron el jardín de un brinco, saltaron el muro y llegaron a la parte delantera de la casa, donde estaban los contenedores.

En la más profunda oscuridad, la luna iluminaba una figura enorme: tan tan enorme que prácticamente era dos veces más grande que ellos. La mitad superior se descolgaba de forma inestable hacia el interior de un contenedor mientras que el culamen generoso (seamos sinceros) y las piernas se tambaleaban en el exterior.

—Pues nada —susurró Ro-Ro mientras ella y Silver se escondían detrás de un

coche que había en la entrada—, que obviamente no es un zorro.

—**RO-RO, ¡SI NO VES TRES EN UN BURRO!** ¿Por qué estás tan segura? —le dijo Silver.

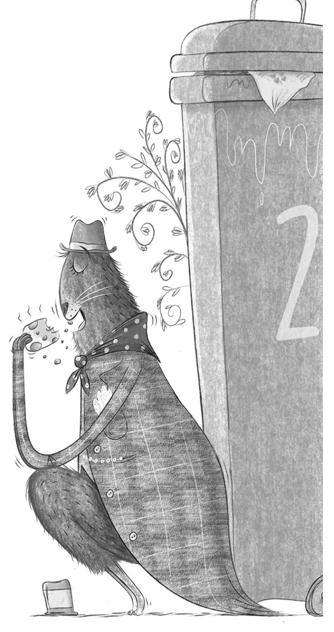


—No te pases. Veo formas, imágenes, luces, sombras… y esto —añadió señalando con rabia sus orejas y bigotes— no es solo decorativo, ¿sabes? Puedo detectar cosas. Además, ¿a ti te parece un zorro?

—Pues no —accedió Silver—. No es muy zorruno que se diga. Pero te juro que no tengo ni idea de qué es. Es muy grande para ser una rata, pero demasiado gordo para ser un gato, ¿no?

Cuando la figura salió del contenedor con restos de comida alrededor de la boca, el misterio empezó a resolverse…, aunque solo un poco.

El animal tenía el pelaje marrón claro y llevaba una chaqueta de lana, un sombrero de copa baja y un pañuelo rojo al cuello.



Ro-Ro y Silver se miraron confundidos. ¿Resulta que iba a ser un gato? Tenía que serlo, pero era enorme y muy extraño. Una cosa estaba clara: armaba tal jaleo que no estaba precisamente tratando de esconderse.

—Creo que es uno de los nuestros —susurró Ro-Ro.

—¡Vaya pena! —respondió Silver—. Un tentempié nocturno de rata no habría estado mal. Lo mejor de Londres son todos los roedores que hay para comer.

—¡Ay, sí! —murmuró la criatura—. Esto está buenísimo. **¡QUÉ MANJAR!** Creo que es uno de mis contenedores preferidos de Londres. Deliciosas espinitas de caballa, un poco de paté pasadito, un trocito de brie…

Ro-Ro y Silver se asomaron desde detrás del coche y luego volvieron a esconderse, aún más confundidos que antes.

—Pero ¿de qué habla? —susurró Ro-Ro.

—¡Yo qué sé! —contestó su hermano—. Pero se lo está pasando bomba.

—¡Que ese contenedor es nuestro! —se quejó Ro-Ro—. ¡Es nuestro jardín!

—¿De verdad quieres comer lo que hay en un contenedor? —le preguntó Silver—. Ro-Ro, aquí vivimos muy bien: nos dan tres comidas al día, y de lata. ¡De lata, Ro-Ro! Nos miman, nos quieren, nos adoran. Nuestros amigos de Italia

darían una de sus vidas por esto y tú estás preocupada por… ¡¿un contenedor?!

—Vale, vale, pero está en nuestro territorio, así que vamos a averiguar quién es —dijo la gata.

—Tú primera.

En todo eso del acecho sigiloso y eficaz, Ro-Ro era extraordinaria, incluso para ser un felino. Gracias a su entrenamiento ninja podía moverse casi en silencio, gracias a sus bigotes siempre sabía exactamente dónde estaba y gracias a su excepcional oído podía detectar cualquier movimiento en un radio de un kilómetro.

Era tan silenciosa que resultaba prácticamente invisible. Por desgracia, no se podía decir lo mismo de su hermano.

Ro-Ro estaba a puntito de decir: «Mira, cuando lleguemos ahí, esto es lo que vamos hacer…», pero Silver se lo impidió al tropezar con un arbusto bajo («Pero ¿cómo lo ha hecho? —pensó ella—. ¡Si habría sido más fácil no caerse!») y aterrizó en la espalda de su hermana, lo que hizo que ambos acabaran despatarrados a los pies del misterioso intruso.

—¡AAAH! —gritó este mientras saltaba dos metros hacia el cielo estrellado.

Al aterrizar, se le salió disparada de debajo de la chaqueta una cola extremadamente larga y delgada, que volvió a desaparecer.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —exclamó la criatura mientras bajaba la vista hacia los gatos—. Dos cobardes que acechan para robarme mientras disfruto de la cena de mi contenedor, ¿eh? ¿Qué tienen que decir en su favor?

—PUES, LO PRIMERO, QUE NO ES SU CONTENEDOR —respondió Ro-Ro mientras aparecía de debajo de su hermano—. Y, lo segundo, que acabamos de mudarnos aquí desde Italia, pero este es nuestro jardín y no nos sienta muy bien que otros gatos se metan en nuestro territorio. ¿Verdad, Silver? ¿Silver? —Ro-Ro se dio la vuelta y vio a su hermano lanzándose sobre un envase de yogur medio vacío que se había caído durante el alboroto—. ¡Silver!

—Ah, sí, eso. Lo que ha dicho ella. ¡Mamma mia! Me encanta el yogur —añadió con la cabeza ya en el bote sin dirigirse a nadie en particular.

—Claro, claro —balbuceó el intruso con una cara un tanto sospechosa—. Como pueden ver, sí que soy un gato y no tenía ni idea de que se hubieran mudado aquí otros gatos, así que reclamé el derecho a este contenedor sin más. No ha pasado nada. Como usted ha dicho, todos somos gatos. ¡Que vivan los gatos! Y bien, entiendo que el jovencito que está devorando el yogur es Silver y usted es…



—Ro-Ro —respondió ella un poco sorprendida por lo encantador que era ese gato tan extraño—. ¿Y usted?

—Jovencita, señor, bienvenidos. Permítanme que me presente. Tienen el placer de conocer a Alexandre Rattinoff XXXIII, pero ustedes, estimados individuos, pueden dirigirse a mí como lo hacen todos mis amigos: pueden llamarme Catface.

—¿CATFACE? —replicaron Ro-Ro y Silver a la vez.

—Exacto.

—¿Eso no es «Caragato» en inglés? ¡PERO SI ES UN GATO!

—Así es.

—Espero que no le parezcamos unos maleducados —se disculpó Ro-Ro—, pero es un nombre muy raro. Está claro que tiene cara de gato… ¡porque es un gato!

—Bueno, ustedes acaban de llegar a Londres, pero tengan por seguro que aquí es un nombre muy común. En las altas esferas de la sociedad felina está de moda llamar a los gatitos Catface. Un nombre magnífico —dijo, muy nervioso, mientras se toqueteaba el pañuelo.

—Si usted lo dice… —le comentó Ro-Ro a Silver por lo bajini.

—Ahora que nos hemos conocido…, no, que nos hemos hecho amigos, podemos tutearnos. Pero dejadme disfrutar de lo que queda de este brie. **¡QUÉ PESTE MÁS DELICIOSA!**

Ro-Ro y Silver se miraron y se encogieron de hombros.

—¡Fabuloso! Entonces —continuó Catface mientras se lamía los restos de queso del hocico—, os acabáis de mudar a esta ciudad, ¿no? ¿Qué os parece vuestro nuevo hogar? ¿Habéis visto las joyas de la Corona? ¿El palacio de Buckingham? ¿El número 10 de Downing Street? ¿El zoo de Londres? Ahí hay unas bestias sensacionales, aunque muchas tienen debilidad por los tentempiés gatunos como nosotros, quizá sea mejor evitarlas. Contadme, estoy ansioso por escuchar vuestras primeras impresiones.

Ro-Ro y Silver lo miraron perplejos.

—¿Qué pasa? —les preguntó Catface.

—Que no sabemos de qué hablas —respondió Silver.

Catface se quedó pasmado.

—¿Nadie os ha enseñado la ciudad?

—No, solo hemos estado jugando, rascándonos la barriga, viendo la tele… Nuestros padres ven muchos documentales de naturaleza. ¡Flipas con los gatos que salen! ¡Son gigantes! —le contestó Silver.

—¡Es una auténtica **VERGÜENZA**! —exclamó Catface—. Sin embargo, esta noche estáis de suerte, ya que pertenezco al gremio de los guías turísticos felinos. La semana pasada le hice una visita guiada a la encantadora Adelia, la

gata azul ruso del ministro de Asuntos Exteriores belga. Y esta noche, después de esta deliciosa cena de vuestro contenedor, estoy en deuda con vosotros, así que durante las próximas horas os mostraré la espectacular ciudad en la que vivimos. ¿Qué me decís?

—Es que hace mucho frío y podríamos meternos en un lío y… —comenzó Silver.

—Nos encantaría —lo interrumpió Ro-Ro—. ¿Por dónde empezamos?

—Lo haremos, por supuesto, con un viaje al centro de Londres —dijo Catface.

—Muy bien. ¿Y cómo iremos hasta allí? —preguntó ella mientras se alejaban de casa.



—Pues como cualquier londinense que se precie, querida —le respondió Catface—. ¡EN METRO!



2



Ro-Ro y Silver no sabían muy bien qué era eso del metro, ni dónde estaba ni qué hacía, así que se sentían un poco nerviosos mientras se alejaban de la tranquilidad y el confort de su nuevo hogar siguiendo a Catface.

—Entonces, queridos mininos, veníais de Italia, ¿no? ¿De dónde exactamente? ¿Y cómo es que acabasteis en el barrio de Camden? —les preguntó Catface.

—Han sido unas semanas bastante raras, la verdad —respondió Silver—.

Somos de Apulia, en el sur de Italia. Nacimos en un olivar y vivíamos en las raíces de un antiguo olivo enorme y lleno de nudos. El olivar era precioso y gigante: los árboles llegaban hasta donde alcanzaba la vista, o sea, no muy lejos en el caso de Ro-Ro.

—¡Vaya! Así que te falla un poco la vista, ¿eh? —dijo Catface—. No eres la única, Ro-Ro. Creo que no tardaré en necesitar gafas para leer… Contadme más.

—Bueno —siguió Ro-Ro—, no llegamos a conocer bien a mamma y papa porque se marcharon cuando éramos pequeños. Es lo normal entre los gatos que viven allí. Pero nos dejaron algo de comida y aprendimos a valernos por nosotros mismos.

—Fue duro, pero nos teníamos el uno al otro —continuó Silver—. Hacía un tiempo buenísimo, teníamos montones de aceitunas para comer y había lagartijas verdes por todas partes, aunque siempre me contaban dramas sobre que tenían mujer y huevitos y normalmente

las soltaba para que volvieran a casa. Eso sí, había tropecientas ratas deliciosas: NOS CHIFLABA comérnoslas.

Catface se echó a temblar.

—¿Estás bien? —le preguntó Silver.

—Sí, sí. Tengo un poco de frío. Eso es todo —dijo Catface apresuradamente —. ¿Y cómo llegasteis aquí?

Ro-Ro retomó la historia.

—Lo cierto es que estábamos un poco solos. Ser huérfano no es muy guay. El olivar estaba al lado de una casa y, un día, nuestros mamma y papa de ahora estaban allí de visita. Nos encontraron en un árbol después de una gran tormenta, nos dieron muchos mimos y comida. ¡Y hasta nos dejaron dormir en su casa! Y, de repente, nos encontramos en un aparato llamado avión (que no sé cómo funciona, pero te lanza al cielo) y llegamos aquí, a Londres.

—Oye, ¿ya te hemos contado que Ro-Ro es nin…? —Silver calló cuando Ro-Ro lo fulminó con la mirada.

—¿Que es qué? —preguntó Catface.

—¡COMO UN BÚHO! —respondió Ro-Ro—. Que me encanta la noche, sin más.

—¡Fantástico! —dijo Catface—. Porque nos espera una velada maravillosa.

Doblaron una esquina y llegaron a la calle principal de Camden, que estaba desierta aparte de un par de tipos con cresta roja que no prestaron ni la más mínima atención a los tres gatos que pasaban silenciosamente por allí. El frío viento creaba remolinos de porquería y las farolas iluminaban la famosa señal roja, blanca y azul de la estación de metro.

Catface se dio cuenta de que los gatos parecían indecisos y les dijo:

—No os preocupéis, amigos míos, no hay ningún peligro. Será el mejor viaje de vuestras vidas.

Sin estar del todo convencidos, los gatos cruzaron tras él la calle vacía.

—Oye —le susurró Silver a Ro-Ro—, ¿por qué motivo no me dejaste decirle a Catface que eres ninja? Si yo tuviera tus habilidades, tengo clarísimo que lo maullaría a los cuatro vientos.

—Silver, lo de ser nin…, bueno, ser ya-sabes-qué, no es como ser forofo de un equipo de fútbol. Soy una guerrera de élite con una técnica excepcional, lista para cuando me necesite uno de los míos, que puede ser en cualquier momento. No puedo ir por ahí contándolo y que se entere hasta el gato… ¡y no va con segundas!

—¡Qué rabia! —respondió Silver—. Vale, lo siento. Es que estoy orgulloso de ti y, bueno, quiero que demos una buena impresión por aquí.

—Ya, ya… Pero de momento, mejor no dar el cante.

—¿Dar el cante? —dijo Silver entre risas—. ¡Mírate, Ro-ro! ¡Pero si ya hablas como un gato callejero!

—¿Qué pasa? ¡Lo oí en la tele! —respondió Ro-Ro y le dio a su hermano un mordisquito en la oreja mientras corrían para alcanzar a Catface.

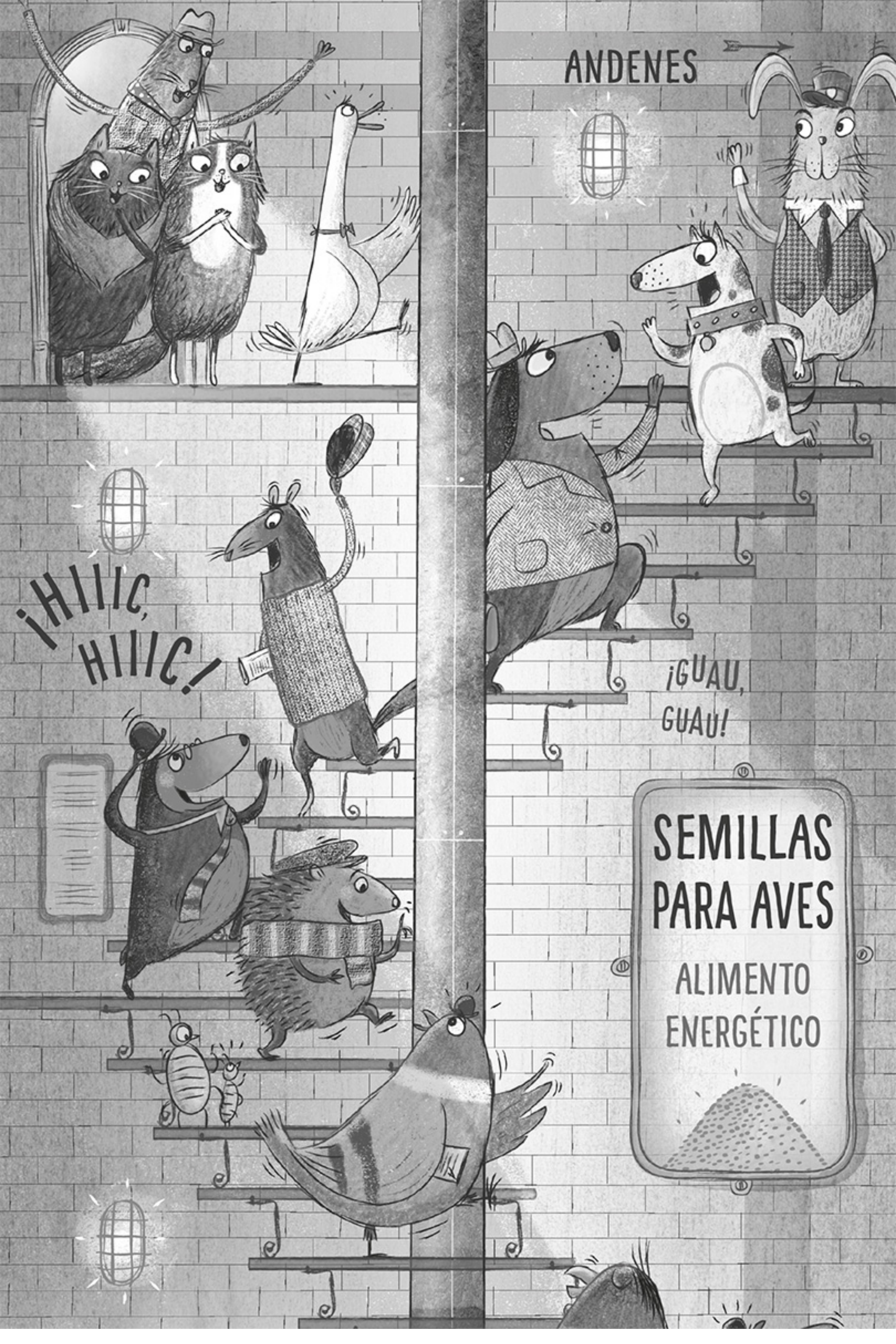
Los londinenses acostumbran a ir en metro para desplazarse a cualquier sitio. Y, por suerte para los animales peludos de Londres, también acostumbran a no mirar hacia arriba. Están demasiado ocupados mirándose los pies o jugando con el móvil.

Y es una pena porque, si levantaran la vista, se darían cuenta de que hay toda una fauna de polizones que aprovechan su sistema de transporte público.

—No, nosotros no usamos esa entrada —dijo Catface mientras pasaba de largo al llegar a la señal de la estación de metro de Camden—. Esa es para los humanos, con sus colas, sus quejas y demás. ¡NOSOTROS VAMOS EN PREFERENTE, AMIGOS PELUDOS!

En una callejuela cerca de donde se encontraban, Catface, Ro-Ro y Silver llegaron a una puerta vieja y oxidada a la altura de los gatos, que la mayoría de los humanos ni verían. Catface tiró de un pequeño pomo de latón y entonces vieron una escalera de caracol de hierro que parecía interminable. Por ella subían y bajaban todo tipo de animales que, a diferencia de sus compañeros de viaje humanos, eran muy muy parlanchines.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Silver con los ojos como platos.


ANDENES
¡HIIIC, HIIIC!
¡GUAU, GUAU!
SEMILLAS PARA AVES
ALIMENTO ENERGÉTICO

—Así, queridos, es como se mueven por Londres todos los animales las veinticuatro horas del día… ¡Hasta los pájaros, si están un poco vagos!

¡VIAJEROS, AL TREN!



Al pie de la escalera había un vestíbulo de techos altos, recubierto de azulejos blancos y negros e iluminado por dos enormes lámparas de araña, desde el que se accedía a un andén.

Catface señaló a los humanos que corrían de un lado a otro en su propio andén, que se veía a través de las rejillas de ventilación del suelo.

El de los animales era casi idéntico, con bancos para la espera, luces titilantes e incluso anuncios de comida para perros, alpiste para periquitos y hierba gatera en la pared.

Parecía que en el andén había animales de todo tipo esperando pacientemente el siguiente tren: perros, gatos, hurones, erizos, periquitos, palomas… Salvo ratas, había de todo. Silver y Ro-Ro se sorprendieron de que no estuvieran peleándose, gruñéndose o incluso bufándose unos a otros.

Antes de que pudieran preguntar por qué, Catface intervino:

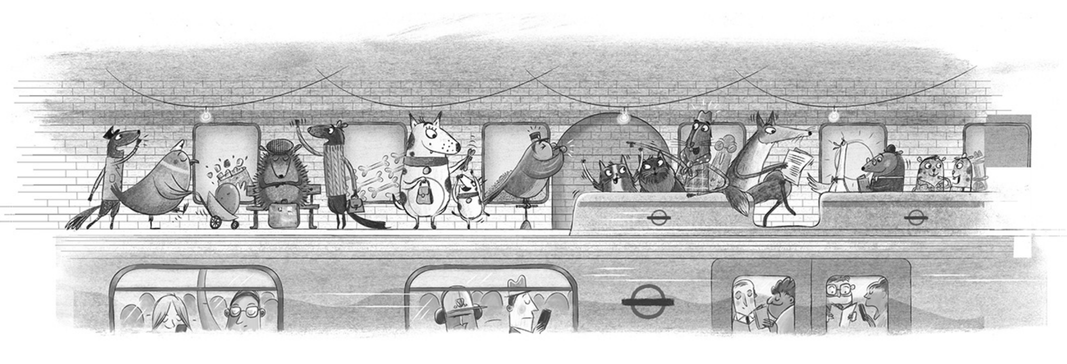
—**¡CONTEMPLAD EL METRO DE LOS ANIMALES!** Es una institución maravillosa, con normas estrictas. Aquí todo el mundo sabe que en el

metro se vive y se deja vivir: los ataques están prohibidos. —Sonrió—. La única excepción son los ratones y las ratas, que tienen que viajar en la parte inferior del tren. Hace tiempo intentamos integrarnos todos, pero lo de gatos y ratas en el mismo andén no salió muy bien, ya me entendéis. Mirad, ahí viene.

Justo abajo, un ruidoso tren se detuvo en la estación para recoger a los trabajadores del turno de noche y también a los amantes del ocio nocturno.

—¿Nosotros nos sentamos en el techo? —preguntó entonces Ro-Ro, que empezaba a asustarse. En la parte de arriba del tren de los humanos había un vagón casi idéntico al inferior, aunque no tenía techo.

—Así es —contestó Catface—. Y veo que tenemos un asiento en primera fila. Agarraos bien, italianinis, que esto os va a encantar.



Cuando el tren se puso en marcha y cogió velocidad, entró en un túnel con el techo a escasos centímetros de su cabeza.

—**¡UAAA! ¡ESTO ES INCREÍBLE!** —gritaron Ro-Ro y Silver al sentir el aire que les agitaba con fuerza los bigotes.

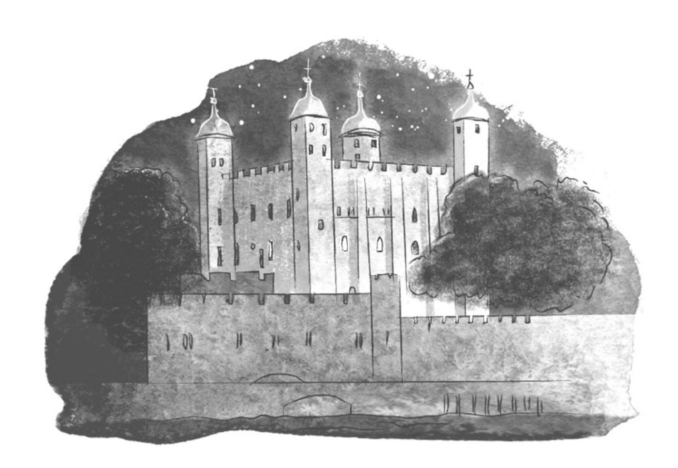
—Es la mejor manera de viajar, amigos míos. Y esperad a ver nuestra primera parada… ¡Fascinante! —dijo Catface mientras se adentraban en la oscuridad.

Durante las siguientes horas, Catface llevó a los gatos en una excursión relámpago por los lugares de interés más conocidos de Londres. Lo que estaba claro era que, incluso en una ciudad tan grande como Londres, todo el mundo conocía a Catface, el guía más experto y querido.

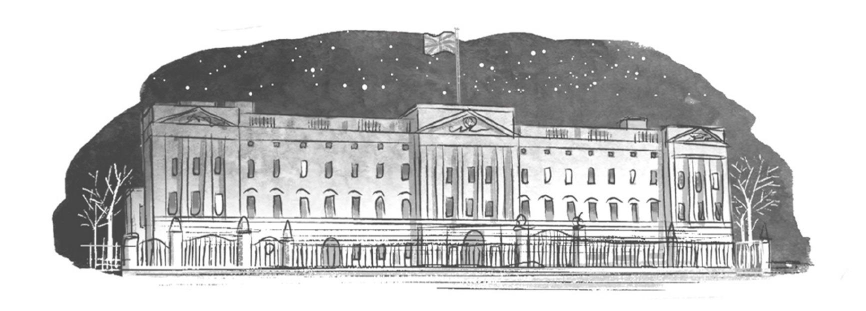
En la catedral de San Pablo, los murciélagos del campanario bajaron en picado para saludarlo.



Los cuervos de la Torre de Londres le habían guardado algo de carne para comer y los gatos la devoraron.



En el palacio de Buckingham, despertaron a los perros galeses para tomar con ellos una taza de té y unas tostadas.



Cuando llegaron al rascacielos Shard, las gaviotas los recogieron y los llevaron a la cima del edificio más alto de Londres, desde donde vieron por primera vez lo grande que era la ciudad. Hasta les habían guardado un poco de pizza que habían encontrado y Silver se puso muy contento.



A eso de las dos de la madrugada los gatos ya estaban agotados ¡y con la barriga llena! Además, habían hecho muchas amistades.

—Los amigos de Catface son nuestros amigos —graznó Mary, la gaviota jefa.

Pero, aun cansados y llenos, había una última parada que los gatos debían hacer antes de volver a casa. En un sitio muy importante…

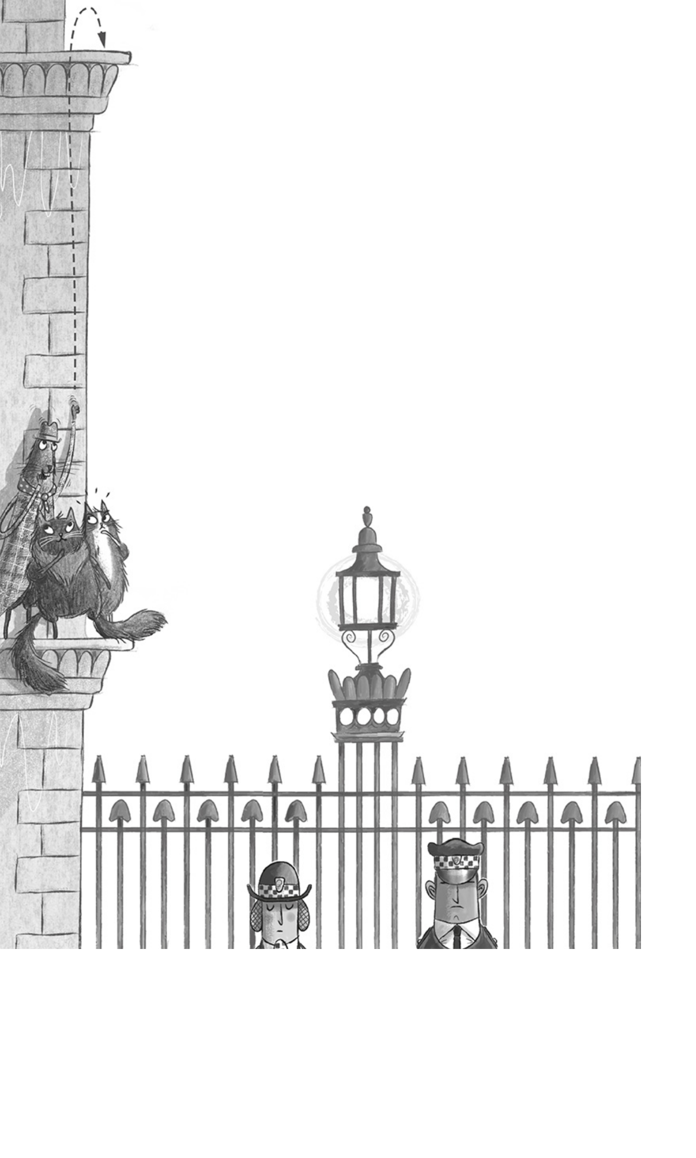
3

—¡No sabía que Londres fuera tan inmenso! —exclamó Ro-Ro mientras paseaban por una callejuela cerca del Parlamento.

—Querida —le respondió Catface—, esto solo es la punta del iceberg. Tendremos que repetir pronto. Será un placer.

Al girar en una calle aparentemente tranquila, Silver se percató de que había muchos coches aparcados y hombres de uniforme que pululaban por ahí.

—¿Dónde estamos, Catface? —preguntó—. Parece un sitio muy importante.



—¡Lo es! Es el número 10 de Downing Street, donde vive el primer ministro humano, la persona que está a cargo de todo el país. Antes de llevaros a casa quiero presentaros a un buen amigo. Venga, subid a esa cornisa para que ninguno de estos policías nos descubra. Se ponen un poco nerviosos cuando ven muchos gatos por aquí.

La estrecha cornisa estaba a unos dos pisos de altura y recorría toda la longitud de los adosados de la calle. Para los humanos habría sido una gran subida (y una gran caída), pero para los gatos era pan comido. La recorrieron hasta que estuvieron casi sobre la puerta del mismo 10 de Downing Street. Ro-Ro y Silver estaban decidiendo cómo bajar de un salto cuando de pronto Catface perdió el equilibrio, resbaló delante de ellos y se precipitó hacia el suelo.

—¡Ro-Ro! —chilló Silver—. Ahora sería un buen momento para alardear de tus habilidades de nin…

Pero para entonces su hermana ya se había desvanecido por completo en la oscuridad.

Ro-Ro sabía dos cosas: una, que estaba muy enfadada con su hermano por haber mencionado la palabra nin… y, dos, que más le valía darse prisa o Catface acabaría espachurrado. Por suerte (aunque, para los ninjas, la suerte no es tan necesaria), pudo llegar a distinguir la forma de su nuevo amigo y, aún más importante, oír el tremendo grito que salía de su boca.

Ro-Ro alcanzó a Catface a casi un metro del suelo y se colocó de modo que su cuerpo se llevara la peor parte de la caída.



Entonces, justo cuando estaban a punto de chocar contra el asfalto (y a Ro-Ro no es que le entusiasmara la idea de que Catface aterrizara encima de ella), la gata lo empujó sin ningún esfuerzo. Catface aterrizó sano y salvo en un montón de hojas, mientras que ella se puso ágilmente en pie.



—Vaya, eso ha sido **ESPECTACULAR** —dijo un gato atigrado blanco y gris que estaba apoyado en la puerta del número 10, con una copa de martini llena de leche en la pata y un bombín ligeramente inclinado en la cabeza—. Catface, querido amigo, tú sí que sabes hacer una entrada triunfal.

Catface se sacudió el polvo de la ropa y trató de recuperar la compostura.

—Un mero resbalón, camarada. Pasa continuamente… ¡Ejem!

—Ya… Menos mal que esta jovencita estaba cerca para echar una mano, ¿eh? ¿No vas a presentarnos? —dijo el gato atigrado.

—¡Por supuesto! Es justo a lo que hemos venido —le respondió Catface—. Permíteme que te presente a dos jóvenes amigos míos, recién llegados desde Apulia, en Italia, miembros de una familia muy rica: propietarios de tierras locales y magnates del olivo, nada menos. Esta es Ro-Ro y este es su hermano, Silver.

Silver había bajado de la cornisa y se había unido a su hermana.

—¡Mucho gusto! —dijeron ambos como si estuvieran dirigiéndose a alguien de la realeza.

—Un placer conocerlos —contestó el gato atigrado—, y bravo por salvar a nuestro amigo común. Por un momento pensé que se nos iba. De mozo serví en el Regimiento Felino de la Reina. Dígame, jovencita, con esos movimientos, ¿era usted de las fuerzas especiales italianas? Conozco a un par de gatos leopardo que prestaron servicios allí.

Ro-Ro lanzó una mirada a Silver para recordarle que no se fuera de la lengua.

—No, son solo unos truquillos que aprendí en los olivares de mi país. Esto…, no nos hemos quedado con su nombre.

—Lo siento muchísimo. ¡Menudos modales! —dijo Catface—. Ro-Ro, Silver, permitidme que os presente al ratonero mayor, jefe de Relaciones Públicas, jefe de Seguridad Felina y jefe de Control de Calidad del Mobiliario Antiguo Adecuado para Siestas: EL GATO LARRY.

Ro-Ro y Silver hicieron una reverencia. Aunque se sintieron bastante absurdos, se habían dado cuenta de que Larry era un gato importante y, en cierto modo, les pareció que era lo correcto.

—El placer es todo mío —dijo Larry—. Pero no se inclinen, con un apretón de patas será suficiente. Así que Catface les está mostrando la zona, ¿no? Bienvenidos al 10 de Downing Street. Una casa excelente. Con casi cuatrocientos años de antigüedad, tiene muchas historias que contar.

—Y bien, Larry, ¿qué hay de nuevo? —le preguntó Catface. Estaba claro que eran viejos amigos.



—Pues hemos estado bastante ocupados. Tuvimos la fiesta belga la semana pasada, esa con la que nos ayudaste. Te lo agradezco; les encantó la excursión. El mes que viene tenemos a los gatos rusos, que llegan en viaje diplomático y para colmo hace una media hora han sobrevolado un par de periquitos que han montado un JALEO ESPANTOSO. Apenas pude entenderlos, algo sobre un alboroto en el parque real. Por cierto, ¿ese no es tu vecindario?

—Así es, pero seguro que no es nada —contestó Catface—. Los periquitos son todos unos histéricos. Aun así, será mejor que vaya a echar un vistazo y lleve a estos dos de vuelta con sus humanos.

—Bueno, pues ha sido un placer conocerlos, Ro-Ro y Silver. Vuelvan a pasarse por aquí alguna vez. Tengo que aprender esos movimientos. Son muy impresionantes. Ahora, si me disculpan, debo hacer las rondas nocturnas. Buenas noches.

Entonces Larry saludó con su impecable bombín y se alejó lentamente calle arriba.

—Diría que Larry es el gato más elegante y sofisticado de la ciudad y, sin duda, el más importante —dijo Catface mientras lo observaba—. En fin, ya es hora de que volváis a casa. Ya habéis tenido suficientes emociones para una noche. Por cierto, Ro-Ro, ¡gracias! No sé dónde has aprendido esos movimientos, pero está claro que me has salvado el pellejo. Silver, ¿qué estás mirando?

Silver trataba de asomarse por una alcantarilla al borde de la calzada.

—¿Qué hay ahí abajo? —preguntó—. Oigo ruidos. ¿Son ratas? Sí, ¿no? ¿Podemos bajar? ¡No atrapo ninguna desde hace un montón! ¡Venga, vamos! ¿Ro-Ro? ¿Catface?

Catface se había puesto pálido.

—No, ¡qué va! Ahí abajo no hay ratas. No, con todos los gatos que hay por aquí. Ninguna en su sano juicio se arriesgaría. Es una cloaca. Supongo que habrás oído el gorgoteo y el chirrido del agua al pasar por los túneles. Sí, eso habrá sido, nada más. Vamos —dijo, mientras se alejaba en dirección al metro.

—Oye, buen trabajo de ya-sabes-qué, tata —comentó Silver cuando Catface ya no podía oírlos—. Pero ¿no te ha parecido un poco raro que un gato se caiga

así? Vamos a ver, que tú y yo podríamos haber dado ese salto sin problema. Además, tengo claro que lo que he oído por la alcantarilla eran ratas. Te lo juro. Catface es un tío genial, pero tienes que admitir que es un poco raro.

—Lo reconozco —le contestó Ro-Ro—. Sin duda es un bicho raro, pero somos nuevos en la ciudad, así que quizá seamos nosotros los extraños, ¿no? ¡Venga, que nos quedamos atrás!

Cuando los gatos se bajaron del metro en Camden, no muy lejos del parque real, estaba claro que los periquitos tenían sus motivos para estar histéricos. Lo que antes era una noche tranquila se había convertido en todo lo contrario. ¡Había animales por todas partes! Los perros del vecindario ladraban (lo cual, en lenguaje animal, es gritar lo mismo una y otra vez) e intentaban salir de su jardín; los gatos rondaban por las esquinas charlando en voz alta con aspecto malhumorado; aves de todo tipo (mirlos, palomas, petirrojos, herrerillos…) surcaban el cielo haciendo más ruido que el resto de los animales juntos y hasta un par de erizos con cara soñolienta y confundida habían salido de un arbusto cercano.

¡CAMDEN ERA UN CAOS DE ANIMALES!

—Robert, ¿qué diantres está pasando? —preguntó Catface a un periquito que pasaba por allí.

—¿Seguro que quieres saberlo? —le respondió el pájaro posándose en lo alto de una verja—. Es por el zoo. Lo hemos sobrevolado hace una hora y se había armado un verdadero escándalo. ¡BRIAN SE HA ESCAPADO!

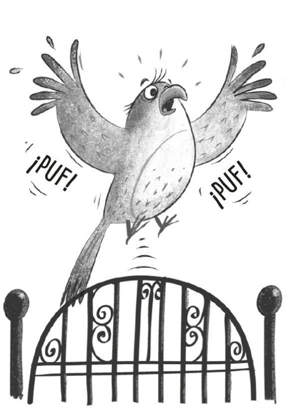

¡MARRAMIAAAAAAAU!
¡GRAAAC!
¡GUAU!
¡GUAU!
¡BAU!
¡BAU!
¡MIAU!
¡MIAU!
¡AAAUUUUUUUU!
¡PÍO!
¡PÍO!

4

—¿BRIAN SE HA ESCAPADO? ¿BRIAN? ¿CÓMO PUEDE SER?¡ES IMPOSIBLE! —chilló Catface, con la cara blanca como la leche.

Ro-Ro y Silver se miraron confundidos. ¿Quién sería Brian?

—¡Menudo desastre! ¡Tendremos que evacuar todo Camden de inmediato! —continuó Catface—. Gracias, Robert. Y buena suerte. ¿Te vas de la ciudad?



—Por mí no te preocupes, Catface: tengo estas dos maravillas —le contestó el periquito batiendo las alas enérgicamente—. Yo puedo volar y Brian no. Sois vosotros los que deberíais tener cuidado. Seguro que viene hacia aquí. Me voy a graznar a otros animales.

—Esto es malo, chiquillos, malísimo —dijo preocupado Catface—. Estamos

hasta el cuello de caquita.

Silver casi se muere de risa.

—¡Hasta el cuello de caquita! ¿Has oído, Ro-Ro? ¡Ha dicho «CAQUITA»!

—Queridos, no lo entendéis —dijo Catface—. Tengo que llevaros a casa ya. Luego debo ir a la mía para avisar a mi familia y después creo que me iré al campo…, a las tierras altas…, a Escocia, tal vez. Allí tengo más familiares. Puedo coger el tren de la mañana y llegar para la hora de comer…

—Un momento —lo interrumpió Ro-Ro—. ¿QUIÉN ES BRIAN? ¿Y por qué está todo el mundo tan asustado por ese tal… Brian?

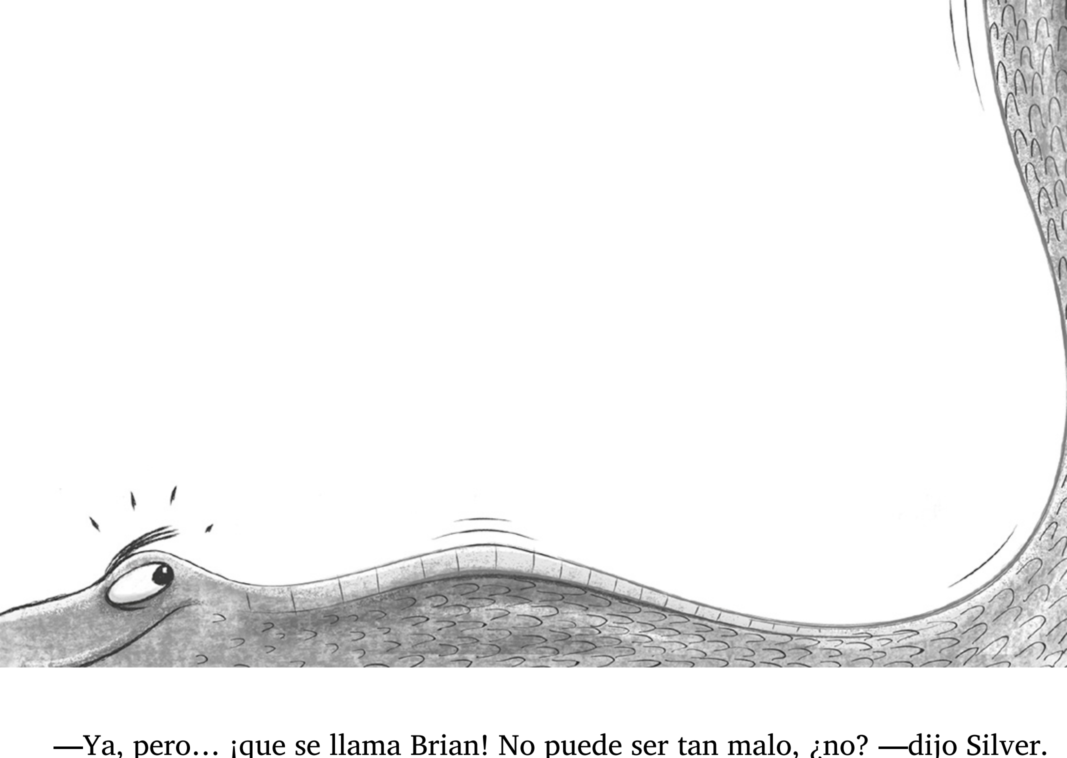
—Escúchame con atención —le advirtió Catface—. No tienes ni idea de lo que es capaz de hacer Brian. Es listo, silencioso y, para los humanos, resulta casi imposible de atrapar. Brian es legendario, un personaje digno de las historias de miedo que las mamás animales cuentan a sus peques para que se porten bien: «Si no te acabas la cena, vendrá Brian y te devorará». Solo que no se trata de una historia imaginaria, ¡es verdad! Si viene por aquí (y lo hará, porque hay muchos animales a los que… devorar), estamos perdidos. Tenemos que ponernos a salvo.

—Pero ¿qué es Brian exactamente? —le preguntó Ro-Ro.

—Pues Brian es una serpiente —contestó Catface con un suspiro—. Y no una serpiente cualquiera… Es la famosa cobra real del zoo de Londres, una de las serpientes más mortíferas del mundo. Todos temíamos este día desde el momento en que la acogieron allí. Ahora que ha escapado, se comerá todo lo que encuentre: aves, serpientes, a vosotros y a mí. Luego intentará aparearse y tener crías y…

—¡PUAJ, QUÉ ASCO! —exclamó Silver.

—Sí, lo que quieras —continuó Catface—, pero, si encuentra una cobra hembra (y cerca de Londres hay muchas en cautividad), tendrán cuarenta o cincuenta crías, ¿y os imagináis a quiénes se comerán? ¡A TODOS NOSOTROS!



—Ya, pero… ¡que se llama Brian! No puede ser tan malo, ¿no? —dijo Silver.

—Sí, es un nombre ridículo. Seguro que se lo pusieron para que pareciera tierno y adorable, cosa que no es en absoluto. Venga, ¡marchando a casa! Y no volváis a salir hasta que lo hayan atrapado.

—Pero antes has dicho que para los humanos es casi imposible de atrapar. Si eso es cierto, ¿por qué no lo intentamos nosotros? —preguntó Ro-Ro.

—¿Te has vuelto majara? Brian es una cobra real. Es uno de los animales más peligrosos del planeta ¿y quieres aventurarte a buscarlo? Supongamos que lo localizamos: ¿y qué hacemos entonces? Yo no puedo luchar contra él. Nadie puede. Tenemos que escondernos ya mismo.

Se abrieron paso con dificultad hasta la casa donde habían comenzado su aventura nocturna solo unas horas antes. Catface estaba a punto de ayudarlos a trepar la verja cuando Ro-Ro se volvió hacia él con mirada decidida.

—Mira —le dijo—, este es tu hogar, ¿verdad? Si huyes ahora, no volverás. Nosotros acabamos de llegar aquí y la verdad es que ya nos encanta. Vale, hace un poco de frío y vuestra pasta no es ni de lejos tan buena como la nuestra, pero mira esta calle. Aquí todos los animales conviven felices. Este es nuestro hogar y

por lo menos yo quiero luchar por él. Así que no voy a huir…

—Tata, es que no puedes —la interrumpió Silver—. ¡Pero si no ves por dónde vas!

—¡No me digas! —respondió Ro-Ro—. Bueno, la verdad es que no sabría exactamente por dónde ir. Gracias, Silver.

—De nada.

—Y bien, ¿qué vas a hacer, Catface? ¿Nos ayudarás y nos dejarás ayudarte?



Catface lanzó un sonoro suspiro y sonrió a los gatitos.

—Mirad, yo soy un cobarde. No me gusta luchar y **NO TENEMOS LA MENOR POSIBILIDAD** de derrotar al fortísimo Brian. Pero, si insistís en intentar capturarlo…, ay, no me creo lo que voy a decir…, os ayudaré. Tendremos que empezar por el zoo para averiguar hacia dónde se dirige. ¡Cielos! ¡Nos va a comer a todos!

—Tampoco te pases, Catface —le dijo Silver—. Entonces, ¿te apuntas?

—Me apunto.

—Perfecto, porque no tenemos ni idea de dónde está el zoo.

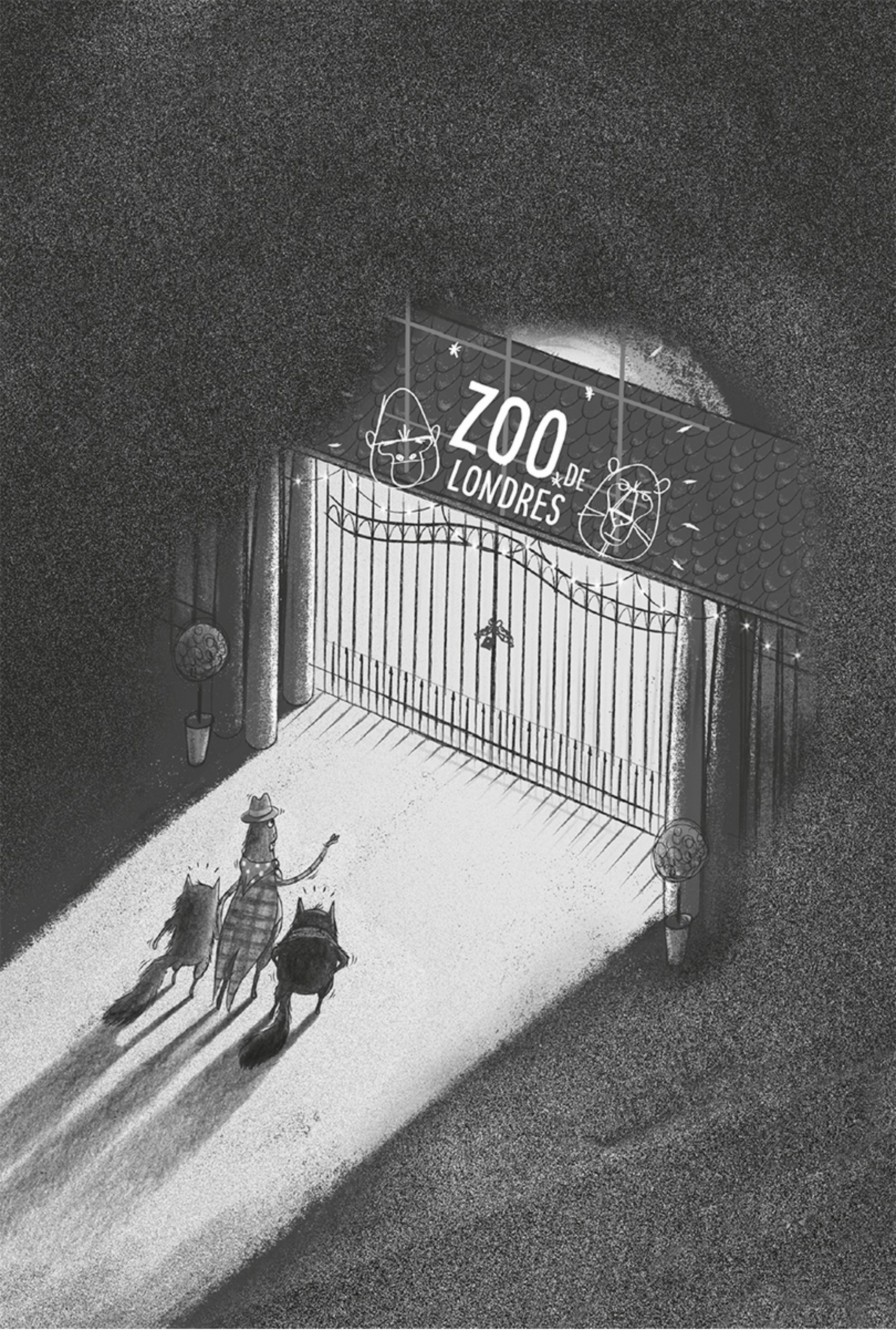
Obviamente, Catface sabía exactamente adónde ir.

—A ver, chicos —dijo mientras bajaban corriendo por la calle bajo la luz de la luna en dirección al parque real—, si vamos al zoo (y os recuerdo que eso es una idea nefasta), es muy importante que no os separéis de mí o tal vez acabéis en la jaula del animal equivocado y eso sería, bueno, fatal. Atravesaremos el aviario, pasaremos por el puente y por el recinto de los jabalíes, cruzaremos el túnel, giraremos a la derecha junto al acuario y…

—¡El acuario! —lo interrumpió Silver—. ¡Planazo! ¡A comer!

—Céntrate, Silver —le dijo Catface y continuó—: Junto al acuario, encontraremos el reptilario…

Mientras se deslizaban por debajo de las verjas del zoo, Ro-Ro pudo oír un estruendo descomunal.


ZOO DE LONDRES

Todos los animales, desde las abejas hasta los zorros voladores, estaban despiertos, asustados y alborotados. Eran muchísimos y hacían muchísimo ruido.

—Pues ya estamos —dijo Catface—. Voy a ver si alguno de los reptiles sabe hacia dónde se dirigía Brian cuando se escapó. Quedaos aquí y que no se os ocurra entrar en la jaula de ningún animal. Puede que parezcan muy monos y peludos, pero este lugar está plagado de criaturas que os comerían sin pensárselo dos veces. Así que quietecitos y ni un maullido hasta que vuelva, ¿eh?

—Vale —accedieron Silver y Ro-Ro.

Catface entró en el reptilario y desapareció de su vista.

—¿Va en serio? —dijo Silver—. En este zoo hay animales de todo el mundo y puede que hasta tengamos algún pariente aquí ¿y se cree que no vamos a explorar un poco? Quédate aquí si quieres, pero yo me voy a dar una vuelta. ADEMÁS, HUELE A HELADO.

Antes de que Ro-Ro pudiera decir algo, Silver ya se había ido. Su hermana no sabía qué hacer: ¿seguirlo o esperar a Catface? Antes de que pudiera decidirse, oyó que las grandes puertas de madera del reptilario se abrían ruidosamente.

—Será mejor que no entréis ahí, pequeños —dijo Catface—. Creo que a muchos de esos les parecemos un buen bocado. Aun así, acabo de hablar con una encantadora rana toro africana llamada Adam. ¿Empiezo por la noticia buena o por la mala?

—Creo que necesitamos buenas noticias —le contestó Ro-Ro.

—En efecto. La buena noticia es que Adam sabe adónde ha ido Brian.



—¿Y la mala?

—Que lo vieron por última vez dirigiéndose a la jaula de los tigres.

Ro-Ro no entendía nada. ¿Y por qué era una mala noticia? Tenía una vaga noción de lo que eran los tigres por los documentales de naturaleza que tanto le gustaban a Silver y sabía que estaban emparentados con ella. No eran más que gatos grandes. Solo tenían que ir a preguntarles y estarían un poco más cerca de capturar a Brian y poner a salvo a la fauna londinense.

—Pues vamos al recinto de los tigres —dijo.

—Ese es el problema, Ro-Ro. Conozco a la mayoría de los animales a los que hay que conocer de Londres, desde los perros galeses de la reina hasta las ratas de agua de los humedales, pasando por los halcones peregrinos del parque real y las ratas de alcantarilla del barrio de Bermondsey, y ni siquiera yo me acercaría a ese recinto. Los tigres son los reyes de los animales, hace miles de años que lo son. Son los mandamases y todo el mundo les tiene pavor. Comen lo que les place, sin hacer preguntas. Uno de mis amigos de siempre, un palomo llamado Cardus, aterrizó sin querer en su recinto el año pasado. Solo encontraron dos plumas que llevarle a su mujer. Nadie que entra ahí vuelve a salir, y mucho

menos gatitos ciegos italianos… Espera, ¿dónde se ha metido Silver?

—Se ha ido a dar una vuelta.

Catface estaba horrorizado.

—¡A mí no me mires! —le dijo Ro-Ro—. Se distrae con facilidad. Además, creo que olió a helado y le chiflan los lácteos. Mira, tenemos que ir a ver a los tigres. Si no encontramos a Brian, todos tendremos que irnos de Londres (y yo me niego) o quedarnos encerrados en casa (y también me niego). Tú mismo lo has dicho: los humanos nunca lo cazarán. **¡NOS TOCA A NOSOTROS!**

Catface se llevó una pata a la cabeza.

—De verdad que creo que me comerán por tu culpa, pero supongo que ya no hay vuelta atrás. Cuando corra la voz de que hay tres bichos peludos vagando por el zoo en mitad de la noche (y créeme que lo hará), será mejor que nos mantengamos unidos. Así que… **BUSQUEMOS A TU HERMANO, EVITEMOS QUE NOS COMAN LOS TIGRES Y SALGAMOS DE AQUÍ LO ANTES POSIBLE CON LA INFORMACIÓN QUE NECESITAMOS. ¡SÍGUEME!**

Ro-Ro respiró hondo y caminó tras Catface lo más silenciosamente que pudo hacia el corazón de ese zoo en penumbras.








5

En el zoo no había farolas, así que solo la luna y las estrellas iluminaban la fría noche. Los gatos pasaron de puntillas por el safari de aves africanas y el reino de los gorilas protegidos por las sombras. A Ro-Ro no le apetecía encontrarse cara a cara con un enorme gorila espalda plateada, aunque Catface le había asegurado que, en realidad, no eran los gorilas los que suponían un peligro para los gatitos italianos.

«Más vale prevenir que curar», pensó Ro-Ro mientras doblaban la esquina.

Y, de pronto, ahí estaba, en plena oscuridad divisaron la entrada al territorio de los tigres: un arco de madera adornado con la imagen de uno de esos felinos, que parecía clavarles su fría mirada.



—Aquí es —susurró Catface—. Primero hablamos con ellos, luego buscamos a Silver y después nos vamos, ¿vale?

—Catface…, esto…, ¿y cuál crees que será la mejor manera de hacer todo eso? —preguntó Ro-Ro.

—Bueno, si sucede un milagro y en los próximos treinta segundos no nos han despedazado, sugiero que mostremos respeto hacia ellos colocándonos en un plano inferior. Y haciendo una reverencia. Tengo entendido que eso les gusta mucho.

—De acuerdo. No debería ser muy difícil —respondió Ro-Ro mientras saltaba al techo del recinto—. ¡Van a ser mucho más grandes que nosotros!

A Catface le llevó varios intentos llegar tan alto.

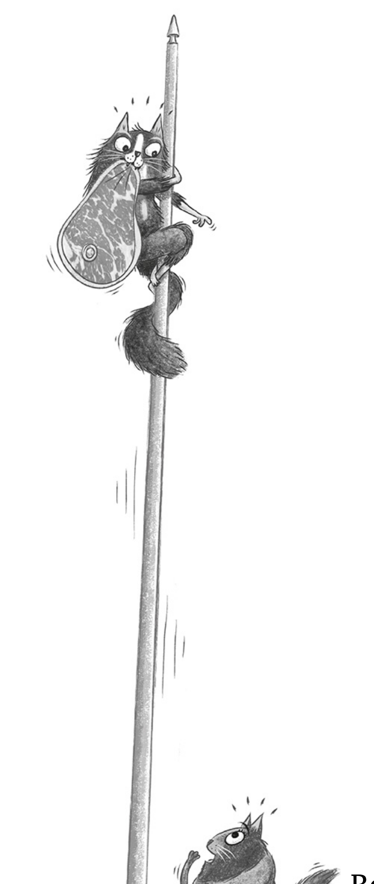
«La verdad es que, para ser gato, no se le da nada bien saltar —pensó Ro-Ro —, pero antes se ha dado un buen festín en nuestros contenedores y, cuando hemos hecho la excursión por Londres, hemos comido mucho. Puede que siga un poco lleno».

Catface logró por fin subirse al techo y los dos saltaron con el mayor sigilo posible a la hierba alta y comenzaron a caminar despacio por la maleza.

Al cabo de un par de minutos oyeron algo, débil al principio, pero más fuerte a medida que se acercaban.

—¡Qué raro! —murmuró Catface—. No parece un tigre.

—Es que no lo es. ¡ES SILVER!



Ro-Ro salió corriendo por la maleza hasta llegar a un claro. Apenas pudo distinguir a Silver, que estaba aferrado a lo alto de un poste gigante.

—Pero ¿qué haces ahí arriba? ¡Baja ahora mismo! —bufó Ro-Ro—. ¿Tienes idea de lo peligroso que es eso? ¿Es que no sabes dónde estás?

—Sí, salta a la vista, tata. Ya lo siento, pero es que vi la carne cruda aquí arriba y no me lo pensé. No sabía que era de..., ya sabes..., ¡de ellos! —replicó Silver mientras señalaba con la pata por detrás de Ro-Ro y Catface.

Estos se volvieron, perfectamente conscientes de lo que tenían detrás, pero rezando para que Silver se hubiera equivocado.

«Mantén la calma —se dijo Ro-Ro—. Eres ninja, no lo olvides».

Silver no se había equivocado. ¿Estaba hambriento? Sí. ¿Era un glotón? También. ¿Era lelo? ¡Vaya que sí! Pero la vista no le fallaba.

A la luz de la luna, Ro-Ro pudo distinguir dos sombras enormes que se acercaban con paso lento y calculado. Los tigres se abrieron paso por la hierba alta y se situaron majestuosamente ante ellos: dos pares de ojos fieros que brillaban en la oscuridad.

—Eeeh…, puede que este sea un buen momento para la reverencia —dijo Catface.

Ro-Ro extendió una pata y se agachó, como si estuviera inclinándose ante la reina.

—Deja que me encargue yo, pequeña.

Catface se aclaró la garganta, se quitó el sombrero y se inclinó haciendo una gran reverencia.



—Salve al rey y a la reina del zoológico de Londres. Venimos a solicitar audiencia y a rogarles que tengan a bien ayudarnos a encontrar a Brian, la cobra real fugada, que supone una amenaza para todos los animales de Londres. Creemos que pasó por aquí y deseábamos preguntar si Sus Altezas sabían de su paradero en esta misma noche en la que hablo. ¡Ejem!

Los tigres no respondieron. Solo se quedaron mirando.

—¿Crees que está funcionando? —susurró Catface.

—Me encantaría decir que sí…, pero ahora mismo diría más bien que no —le respondió Ro-Ro.

—¡Uf! Menudo lío. Oye, no sabrás algún truquillo, ¿no?

Antes de que Ro-Ro pudiera responder, el más grande de los tigres lanzó un rugido bajo e imponente:

—**¡FELINOS CANIJOS E INSIGNIFICANTES!** Os atrevéis a entrar en nuestro hogar y a robar nuestra comida sin haber sido invitados. Hay animales

que han acabado en pedacitos por mucho menos.

Ro-Ro y Catface miraron a Silver.

—Esto…, ¿cómo están ustedes? —comenzó Silver—. Sí, fui yo, supongo. Lo siento. Es que vi este gran trozo de carne en lo alto del poste… Por cierto, ¿qué es? ¿Ciervo? Está increíble… Bueno, que ni lo pensé. No sabía de quién era. ¿Sería posible que me dejaran ir solo con una regañina?

—Y exactamente —bramó la tigresa— ¿qué os hace pensar que nosotros, Jae Jae y Melati, deberíamos preocuparnos por vosotros y por los de vuestra especie? Brian, la cobra real, siempre nos muestra respeto y ha pasado por aquí con nuestra bendición. Nuestra prioridad son los habitantes del zoo, no los animales comunes y corrientes que vivís ahí fuera.

—Vamos a ver —dijo Catface furioso, mientras daba un paso hacia los enormes gatos—, ya sé que sois el rey y la reina del zoo y todo eso, pero dejadme que os diga una cosa: resulta que ahí fuera hay algunos animales increíbles y yo no voy a quedarme de patas cruzadas y dejar que se los coman Brian y, aún peor, sus futuros hijos.

Ro-Ro y Silver se miraron. ¿Se había vuelto loco?

¡Estaban perdidos!

Durante un buen rato los tigres no abrieron la boca, tan solo se dedicaron a mirarlos fijamente.

«¡Ay, madre! ¡Ojalá dejaran de hacer eso», pensó Ro-Ro.

Entonces los tigres se cruzaron una mirada, asintieron ligeramente y empezaron a caminar despacio alrededor de los gatos.

—Apreciamos la valentía que habéis mostrado, pero sentimos no poder ayudaros —dijo Melati, la tigresa—. Y siento aún más deciros que no podemos dejaros marchar.

—¡Aquí hay tan pocas oportunidades de divertirse con una presa vivita y coleando! —rugió Jae Jae—. Además, tenemos una reputación que mantener. Si os dejamos ir ahora, jamás nos libraremos de nuestra mala fama. ¿Y si esos leones asiáticos se enteran? Todos debéis morir esta misma noche.

—Ay, no —gimió preocupado Catface—. Me temo que no he conseguido el

efecto deseado, ¿verdad?

Ro-Ro sabía lo que tenía que hacer. Vale, los tigres eran rápidos y poderosos, pero también eran inmensos, así que tenía dos objetivos grandes contra los que luchar. Pero antes debía poner a salvo a Catface.



Recordando su entrenamiento, despejó la mente, cogió aire muy despacio, lo expulsó y por último se movió con rapidez. Antes de que los tigres supieran lo que estaba pasando, ya había agarrado a Catface con la boca. Brincó de un árbol a otro hasta ganar altura y luego lo soltó junto a Silver en lo alto del poste.



—Por ahora estaréis a salvo aquí, mientras pueda tenerlos ocupados —les dijo Ro-Ro.



Antes de que Catface pudiera preguntar: «Pero ¿estás chalada?», Ro-Ro ya había saltado del poste hacia la oscuridad.

—A por ellos, tata —dijo Silver con una gran sonrisa, y añadió—: ¡Alucina,

Catface!

Ro-Ro sabía que los tigres estaban ahí abajo en algún lugar, pero cuando llegó al suelo no vio ni rastro de ellos.

—Impresionante, pequeña —oyó que decía uno a través de la hierba alta—. Pero tus esfuerzos serán en vano. Somos demasiado grandes y poderosos.

Por suerte, cuando eres una gata ninja ciega y alguien con quien estás a punto de luchar usa palabras como **GRANDE** y **PODEROSO** para describirse a sí mismo, sabes que es orgulloso, y eso significa que cree que nadie lo puede vencer.

¡GRAN ERROR!

Cuando uno de los tigres salió a la carga de entre la maleza, Ro-Ro pudo detectar con precisión de dónde venía el peligro. Se agazapó de espaldas a un árbol y, justo cuando unas mandíbulas inmensas estaban a punto de atraparla, dio un salto mortal en el aire y se subió a una rama baja. Melati no pudo evitar estrellarse contra el árbol al que se había encaramado Ro-Ro y perdió el sentido.



«Una menos. Solo me queda uno», pensó Ro-Ro mientras bajaba al suelo.

La sombra de Jae Jae surgió de la maleza.

—Muy bien, jovencita. Sí que eres rápida. Pero ¿qué tal se te dan los combates cuerpo a cuerpo? No tienes dónde esconderte, ni adónde escapar.

«Cierto —pensó Ro-Ro—, pero hay muchos lugares a los que saltar».

Justo cuando el tigre más grande iba a por ella, dio un salto del suelo a otra rama. Jae Jae gruñó y trató de alcanzarla, pero de nuevo Ro-Ro fue más rápida. Sabía cómo podía vencerlo. Cada vez que el tigre la atacaba con su enorme garra, que podría cortarla en dos, Ro-Ro lo oía justo a tiempo para escapar de un salto.

—¡Arrrg, ven aquí, maldita bola de pelo! ¡Te destrozaré miembro a miembro! —rugió Jae Jae.

Ro-Ro notaba que el tigre se estaba cansando y frustrando. Sabía que su oportunidad estaba cerca.

Cuando el tigre se estiró demasiado para asestarle otro golpe cansino, ella percibió su punto débil, así que se lanzó con toda su potencia y velocidad contra su gran nariz rosada y le clavó las garras.

—



¡No es justo! —gimió el tigre mientras se tocaba la nariz.

—Vaaale, vaaale, tú ganas. ¡AAAY, DUELE MUCHO! Espero que el guarda del zoo tenga alguna crema para esto.

Ro-Ro se había quedado pasmada. ¡Jae Jae se había convertido en un gatito enfurruñado!

—Entonces…, eeeh…, ¿te rindes? —le preguntó.

—¡Sí, claro! ¡Es la primera vez que me arañan! ¿Por qué has tenido que ser tan mala?

—Pues no sé, igual porque intentabas comerme —contestó Ro-Ro.

—Te diré lo que quieres saber si prometes no volver a arañarme —dijo Jae Jae.

—Por mí, de acuerdo.

Jae Jae se acercó a Melati justo cuando esta sacudía la cabeza y volvía en sí. Ambos tigres se volvieron hacia Ro-Ro, empezaron a hacer un ruido de lo más extraño y se pusieron panza arriba.

—Pero ¿qué hacen? —murmuró la gata.

Catface sonrió mientras bajaba del poste con Silver.

—Creo que es el ronroneo de los grandes felinos. Suena casi como un bufido y es lo que hacen los tigres cuando quieren ronronear como vosotros, digo… como nosotros. Querida, creo que quieren que les hagan cosquillas en la barriga.

Los hermanos se miraron y se encogieron de hombros.

—Prefiero eso a que nos destrocen miembro a miembro —dijo Silver—. Y, después de todo, son de la realeza.

Ro-Ro, Silver y Catface se acercaron con cautela a los tigres. Empezaron a acariciarles la barriga y, aunque parezca insólito, a los tigres les encantó.

—Ay, sí, ¡qué bien! Un poco más a la izquierda, no, más a la derecha… ¡Ahí, ahí! —ronroneó Jae Jae.

—Bueno —dijo Catface después de unos cinco minutos de cosquillas—, creo que esto se está poniendo un poco incómodo, así que, si pudierais decirnos adónde va Brian… Es que deberíamos irnos.

—¡Vaya! ¿Os vais ya? Solo un poquito más, porfa. Venga, vaaale… Brian dijo que se dirigía a las cloacas junto al canal —respondió Jae Jae—. Al parecer, tenía unos asuntillos que resolver allí.

—¡Cielos! —exclamó Catface, pálido de repente.

Obviamente no era lo que esperaba oír.

—¡NO PODEMOS PERDER NI UN MINUTO!

Los gatos ya se habían puesto en marcha cuando los tigres los detuvieron.

—Perdónanos —le dijo Jae Jae a Ro-Ro—. Puede que seas una gata común, pero eres una auténtica guerrera y puedes pasarte por aquí cuando quieras.

—Gracias —respondió Ro-Ro—. Una cosita: intentad recordar que debéis preocuparos por todo tipo de animales, ya sean exóticos o comunes y corrientes.

—Claro, tienes razón. Lo intentaremos. Por cierto…, eh…, os agradeceríamos mucho que no mencionarais a nadie este incidente. Es que tenemos una reputación temible que mantener y lo de perder una pelea contra un minino podría no quedar muy bien. ¿Trato hecho?

—¡Hecho!

—Sí, ¡hecho! —confirmó Silver—. Pero me llevo este trozo de ciervo.

Mientras los tres amigos se alejaban, los tigres se miraron con gesto incrédulo.

—Pero ¿quién era esa? —dijo Jae Jae.

—Se llama Ro-Ro —respondió Silver, y se volvió hacia ellos—. Es mi hermana, es ciega **Y ES LA INCREÍBLE GATA NINJA DE CAMDEN**. ¡Que no se os olvide!

Ro-Ro miró a su hermano y sonrió. Nunca lo admitiría, pero la verdad es que le gustaba cómo sonaba eso.

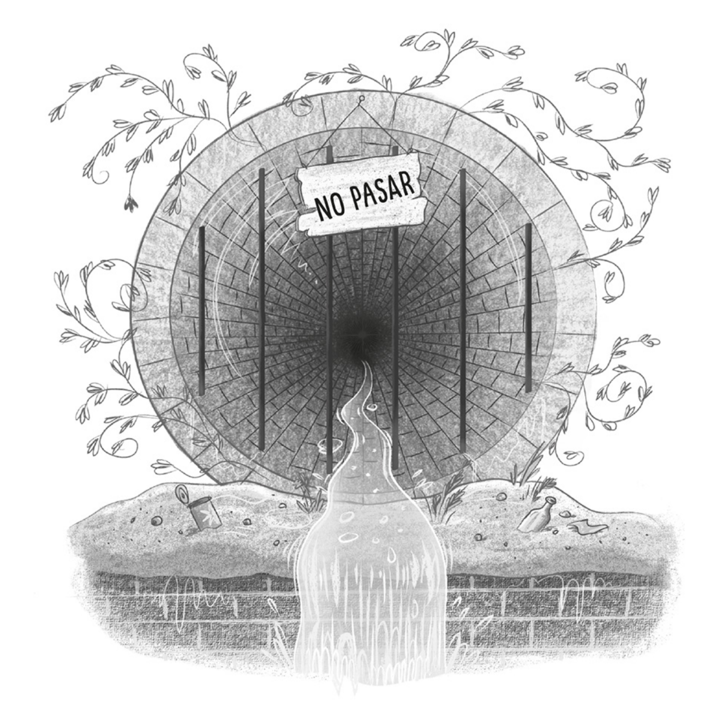
Y de ese modo, Ro-Ro, Silver y Catface salieron orgullosos del zoo en dirección a las cloacas, tras la pista de la serpiente más mortífera del mundo…, pero no sin que Silver se hubiera tomado un helado, por supuesto.

6

Todo iba según lo previsto. La lista de tareas estaba así:

- Entrar en el zoo. ¡HECHO!
- Sobrevivir al reptilario. ¡SUPERHECHO!
- Evitar ser la cena de los tigres. ¡REQUETEHECHO!
- Descubrir hacia dónde se dirigía Brian. ¡TACHADO CON DOS RAYAS!
- Que Silver se comiera un helado. ¡TACHADO CON DOS RAYAS ROJAS!

Salieron del zoo y bajaron por una pendiente en dirección al canal. El aire de la noche era muy frío y, bajo sus patas, la hierba crujía por la escarcha, pero calentarse era lo último en lo que pensaban: ¡tenían una serpiente que atrapar!



Al poco, llegaron a la entrada de las cloacas. Ni a Ro-Ro ni a Silver les apetecía mucho bajar ahí: creían que sería un lugar maloliente, sucio y húmedo. Y, desde que supieron adónde se encaminaba Brian, Catface había estado callado como un muerto.



—Escuchad, chicos —dijo de pronto Catface un poco nervioso—. Hay algo que quería deciros. Estamos a punto de entrar en una

madriguera de ratas. Estarán por todas partes y os tendrán miedo porque sois gatos. Pero a mí no… porque me conocen… porque… vengo de allí y es que… no soy exactamente un gato, sino más bien…, ¿cómo podría decirlo? Bueno…, QUE SOY UNA RATA.

Ro-Ro se lo quedó mirando boquiabierta. Silver dio una voltereta hacia atrás y dijo:

—¡Lo sabía! ¡Estaba claro! No sabes saltar, tienes los dientes raros y eres demasiado extraño para ser un gato. Y ahora, ¿qué? ¿Nos lo comemos?

—No, de ninguna manera —le respondió Ro-Ro—. Catface, ¿de qué estás hablando?

—Bueno, como ya sabéis, mi apodo es Catface, que significa Caragato. Me lo puso mi familia, pero no como un mote cariñoso, sino porque me parezco mucho a un gato y nadie sabe por qué. Mi verdadero nombre es Alexandre Rattinoff. El nombre de pila es en honor al hombre que descubrió la peste negra, que no fue culpa nuestra, por cierto, sino de esas pulgas tan molestas. El apellido, RATtinoff, pues…

—¡Ahora caigo! —dijo Ro-Ro—. Pero ¿por qué te comportas como si fueras un gato?

—Es muy sencillo y a la vez un poco complicado. Pertenezco a una familia real de ratas y sus orígenes se pueden rastrear hasta 1665. Sobrevivieron al Gran Incendio y, desde entonces, los Rattinoff hemos gobernado el Londres subterráneo junto con cinco familias de ratas más, y yo soy el legítimo heredero del trono. Por desgracia, no era ni mucho menos bienvenido en la alta sociedad de los animales como yo. Pensad en ello: soy el heredero que nació con el aspecto de nuestro peor enemigo. Para mi padre era una deshonra, así que empecé a salir de las cloacas y a venir aquí arriba, y me di cuenta de que me gustaba bastante. Nadie sospechaba que era una rata. Me trataban como uno de ellos; uno de vosotros, vamos. Podía corretear por las calles, aprendí a maullar bastante bien y parecía gustarle a todo el mundo, así que al final me convertí en…

—Un gato —acabó Ro-Ro.

—Exacto. Pero, cuando mi padre se enteró de que me relacionaba con el

enemigo y era una vergüenza para nuestro buen nombre, me desterró para siempre. Y ahora tengo que bajar y volver a verlo. Pero hay una cobra real a la fuga, a la que resulta que le encanta comer ratas, y yo aún quiero a mi familia, así que supongo que no tengo elección. ¿Aún me apoyáis?

—Por supuesto que sí —dijo Ro-Ro—. Hasta hace un par de horas no conocíamos a casi nadie en esta ciudad. Ahora no podríamos imaginarnos viviendo en otro lugar. Y eso es gracias a ti. Rata o gato, eres nuestro amigo, Catface… ¿O deberíamos llamarte Alex?

—Catface me vale —respondió sonriendo su amigo, ahora una rata con dientes que parecían de roedor si lo pensaban bien.

—No te abandonaremos —le aseguró Ro-Ro—. Además, ¡quién nos iba a decir que las ratas eran tan encantadoras! ¿Verdad, Silver?

—Para que quede claro —dijo Silver—: ¿no nos lo vamos a comer?

Catface se quedó pálido.

—¡Era broma! Claro que sí, tata, ¡Catface es lo más! Entremos en una madriguera de ratas que nos odian para encontrar una cobra que nos querrá comer. ¡Será divertido!

Echaron una última mirada a la noche londinense, respiraron hondo y entraron en las cloacas.



«¡COMPRE AQUÍ SU BASUBÚRGUER! ¡ME LAS QUITAN DE LAS PATAS!».

El grito del tendero del mercado de las ratas fue lo primero que escuchó la valiente pandilla de animales al llegar a la plaza central de Villarrata, la capital del Londres subterráneo (que, para ti y para mí, está a unos quince metros bajo la calle principal de Camden).

Habían recorrido las oscuras y malolientes cloacas durante una eternidad, tratando de evitar toparse con alguna rata por el camino. Afortunadamente del túnel principal salían muchos otros más pequeños, en los que habían podido esconderse cuando era necesario, y habían pasado desapercibidos. Pero, a medida

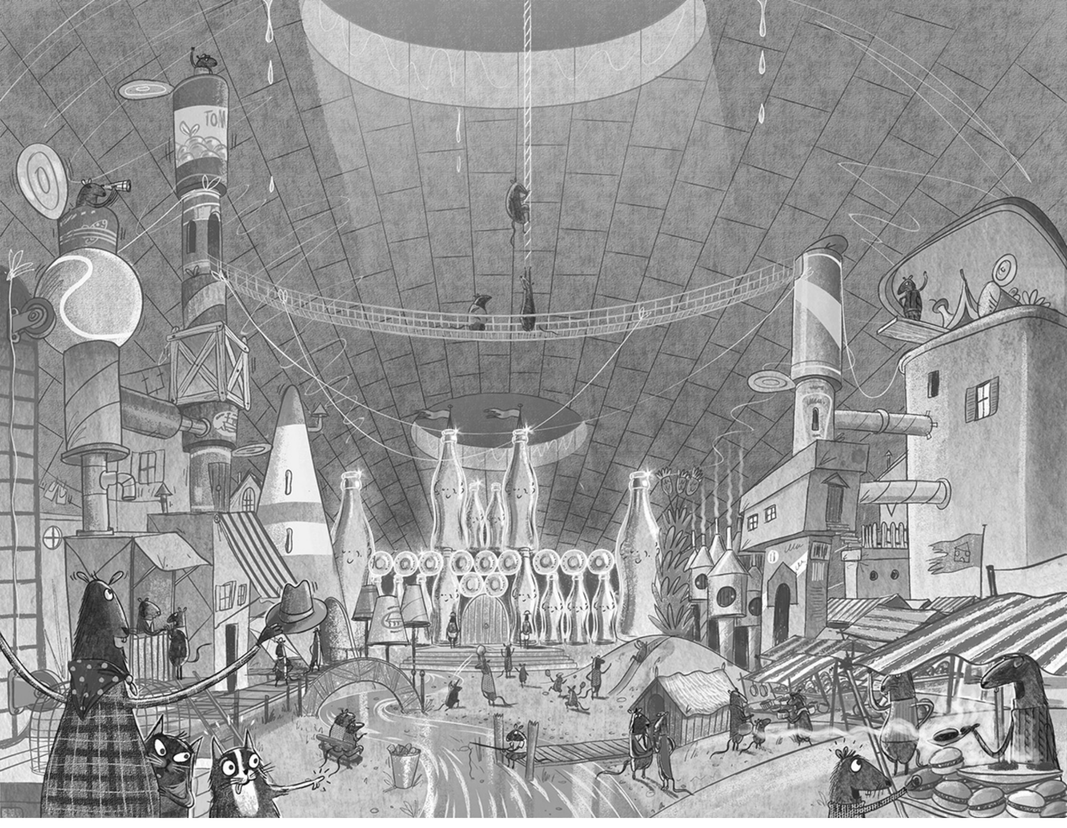
que se acercaban a la ciudad, cada vez había más ratas, así que Catface se encasquetó el sombrero y escondió a los gatos bajo la chaqueta.

Al cabo de un rato, los túneles de las cloacas se hicieron más grandes y empezaron a pasar por delante de casitas de ratas hechas de barro y basura. Las viviendas eran cada vez más grandes y lujosas, hasta llegar a la enorme plaza de la ciudad donde acababa el túnel. En el centro había un gran parque rodeado de edificios hechos de plástico, botellas de vidrio, latas de conserva y rollos de papel higiénico. Por el medio corría un río de vertidos residuales junto al que vieron el mercado, que estaba en pleno apogeo.

—Catface, ¡este lugar es increíble! —exclamó Silver.

—¿Eres de aquí? —preguntó Ro-Ro.

—Nací y me crie aquí. Crecí en el palacio de allí —respondió Catface, mientras señalaba un precioso edificio construido con botellas de refresco de vidrio.



¡Había ratas por todas partes! Por suerte todas estaban demasiado ocupadas para fijarse en la gran rata con sombrero que parecía un gato y en las dos colas que asomaban por debajo de su chaqueta de lana.

El olor de los puestos de comida era muy intenso: carne frita, sucia y casi podrida.

A Silver le encantaba:

—¡Me chifla este sitio! Por cierto, ¿qué lleva la basubúrguer?

—Mejor que no lo sepas, querido —le respondió Catface—. Digamos que su nombre lo dice todo.

—Bueno, ¿y en qué consiste nuestro plan? —preguntó Ro-Ro mientras buscaban un rincón más tranquilo para hablar—. No podemos empezar a gritar: «Hay una cobra real a la fuga, ¡pongan pies en polvorosa!», así sin más, ¿no? De hecho, ¿las ratas tenéis pies?

—No y no —respondió Catface a las preguntas. Luego, mirando hacia abajo, exclamó—: ¡Otra vez no, Silver!

El gato había salido con sigilo de debajo de la chaqueta de Catface y se escondía en un arbusto junto al puesto de basubúrgueres. Justo cuando estaba a punto de coger una de ellas, el tendero se volvió y lo pilló con las patas en la masa. Al principio, el vendedor parecía furioso, luego confundido, después asustado…

—¡AL LADRÓN! ¡AL GATO! ¡AL GATO LADRÓN! —chilló.

En cuestión de segundos, de las cuatro esquinas de la plaza salieron corriendo diez ratas de uniforme armadas con lanzas (sospechosamente parecidas a palillos de dientes), que rodearon a los gatos.

—Lo siento, tata, creí que me saldría con la mía —dijo Silver mientras retrocedía avergonzado.

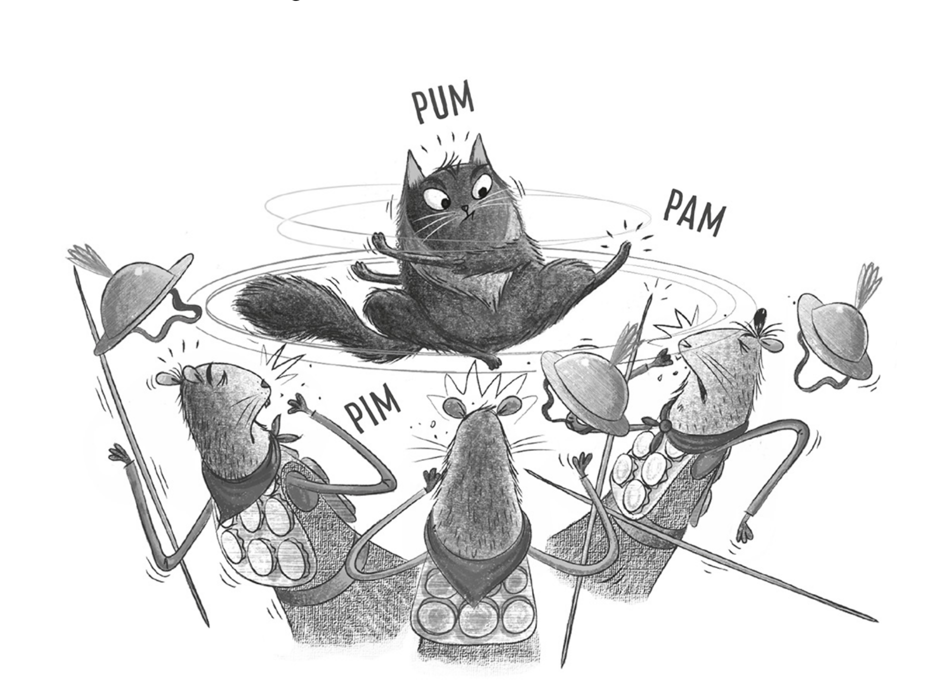
—¿Alguna idea, Catface? —preguntó Ro-Ro.

—Por desgracia, no —respondió la rata—. Esta es la Guardia del Rey, los guerreros de élite del ejército de mi padre. Soy su hijo y ni siquiera yo sé si lograré convencerlos de que nos dejen marchar.

—Está bien —dijo Ro-Ro—. Ya me encargo yo.

Dio un paso atrás y cerró los ojos. Podía sentir que los guardias eran todos grandes y fuertes y estaban armados. Al menos, sabía dónde estaban exactamente. Tomó aire, despejó la mente y supo qué hacer.

Cuando el primer guardia se lanzó al ataque, ella lo esquivó y dio un salto en el aire para evitar el palillazo que se le venía encima. Quedó suspendida en el aire durante lo que pareció un siglo. Luego extendió la pata trasera e hizo con ella un movimiento circular para golpear en la cara a las ratas de alrededor con sus afiladas garras. Cuando aterrizó medio segundo después, los diez guardias estaban tirados en el suelo gimiendo.



—¡CLÁSICO MOVIMIENTO NINJA! —exclamó Silver con una gran sonrisa—. Uno de mis preferidos.

Catface miraba boquiabierto, pero de todas partes llegaban refuerzos y, antes de que pudieran darse cuenta, un centenar de ratas armadas los habían rodeado.

—Ella puede con todos, ¡ya verás! —aseguró Silver emocionado.

—¡BASTA! —Una voz atronadora retumbó en la plaza.

Todos los ojos se volvieron hacia el palacio cuando el dueño de aquella voz

empezó a bajar las escaleras hacia ellos.

Era enorme y llevaba un traje lujoso con un sombrero anticuado y ridículo. También se parecía bastante a un gato.

—Déjame adivinar —dijo Ro-Ro—. ¿Es tu padre?

—En efecto, es el rey —contestó Catface—. Pase lo que pase, que no se os ocurra decir que nos parecemos.



—¡Pero si sois clavaditos! —protestó Silver.

—Ni una palabra —dijo Catface—. A ver cómo gestiono esto. Deseadme suerte.

Catface se quitó el sombrero y caminó hacia su padre. Los guardias le dejaron pasar al darse cuenta de quién era.

—¡Tú! —El rey sonaba furioso—. ¿Se puede saber quién te ha dado permiso

para volver? Te desterramos a vivir con los habitantes de la superficie a los que tanto quieres. Sé muy bien que todavía te ven en compañía de gatos. ¡GATOS!

Toda la plaza dio un inmenso grito ahogado al unísono.

—Y ahora veo que vuelves con dos gatos asesinos para derrocarme y luego reclamar la corona.

—Pues no es mala idea, no —le susurró Silver a Ro-Ro.

—¡Padre! —se quejó Catface—. Yo no he hecho tal cosa. Estoy aquí para ayudarte. Es cierto que soy un habitante de la superficie (que, por cierto, ¡vaya nombre más raro usáis!), pero ahí arriba hay muchas criaturas que no tienen nada contra nosotros.

Silver lanzó un silbido y miró hacia otro lado.

—Estos son mis amigos —continuó Catface mientras señalaba a Silver y Ro-Ro— y venimos para advertiros de algo. Debéis escucharnos. Una cobra real, la peor de ellas, el terrorífico monstruo conocido tan solo como Brian, se ha escapado del zoo y podría dirigirse hacia aquí.

—¡Bah! —exclamó el rey—. ¡Ya lo sabemos! Nuestros centinelas nos avisaron de que lo habían visto en uno de los túneles cercanos. Diez de mis mejores hombres y yo estábamos a punto de ir a capturarlo.

El rey miró a las ratas armadas que yacían en el suelo.

—¡Uf! Pero ¿qué habéis hecho? ¡Eran mis mejores guerreros!

—Vaya, de verdad que lo siento. Sí, quizá hayamos sido nosotros —dijo Catface.

El padre de Catface parecía incómodo, pero no podía echarse atrás con todo el pueblo mirando.

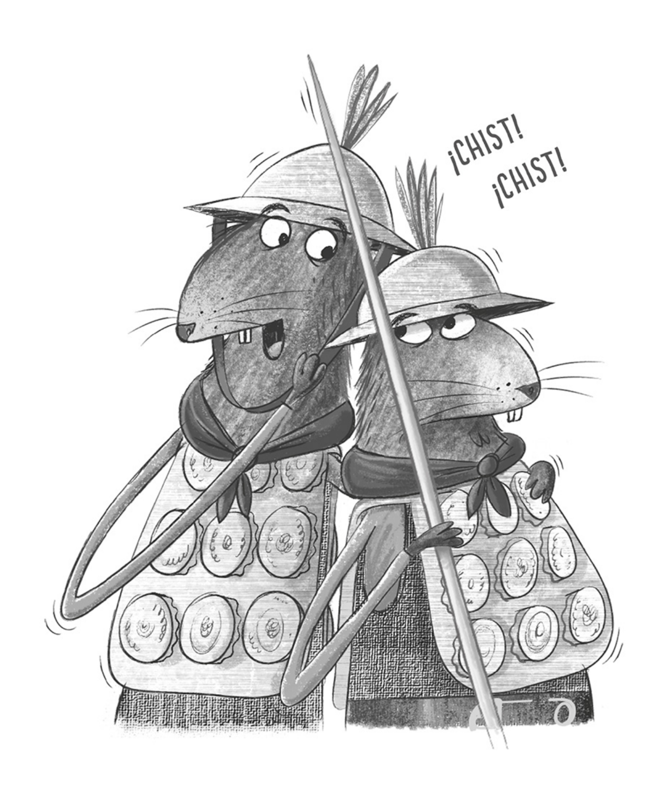
—Ya… Esto… ¡No pasa nada! —aseguró nervioso—. Iré con el resto de mis hombres a capturar a Brian. Entrené a estos guerreros en persona y luché contra otras serpientes en mi época. Con nuestras habilidades, Brian no es una amenaza.

Un par de ratas de la Guardia del Rey se miraron poco convencidas.

—¿Tú recuerdas que él nos entrenara? —susurró una.

—Lo que yo recuerdo es que comía pasteles y nos miraba mientras nosotros entrenábamos. No estoy seguro de que sea exactamente lo mismo —le contestó su

amigo, también entre susurros.



—Y tú, mi supuesto hijo —continuó el rey—, y estos dos gatos que habéis venido a derrocarme, vendréis conmigo, para que podáis dar testimonio de que yo, Henrich Rattinoff, el octingentésimo trigésimo quinto de mi dinastía, rey de Camden, del parque real y de los barrios periféricos que visito ocasionalmente, hermanados por cierto con Frederiksberg, Luxemburgo y Mochudi en Botsuana, soy el verdadero líder de este pueblo y de que ninguna serpiente puede vencerme. ¡Guardias! ¡Apresadlos!

—Este tipo tiene problemas graves —le susurró Ro-Ro a Silver mientras los rodeaban aún más guardias—. ¿Me ocupo de ellos?

Catface negó con la cabeza.

—Será mejor que no, pequeña: no puedes enfrentarte a cien ratas y, para serte sincero, creo que lo único que puede salvar a mi padre de Brian es que lo acompañemos.

Por primera vez, Ro-Ro sintió miedo. ¿Había abarcado en esa ocasión más de lo que una gata ninja era capaz de apretar?





7

Parecía que llevaban una eternidad caminando por las cloacas. Villarrata quedaba ya muy lejos y ahora iban por el canal hacia el túnel donde las ratas centinela habían visto a Brian.

Ro-Ro, Silver y Catface estaban atados con esposas (que se parecían mucho a una cinta rosa de regalo). Ro-Ro podía ver que las sombras que proyectaban las antorchas de los guardias (muy parecidas a cerillas encendidas) hacían que todos parecieran gigantes. «Tendremos que luchar como gigantes si queremos tener alguna posibilidad de vencer a Brian», pensó.

Más adelante, unas ratas soldado con cara de pocos amigos transportaban al padre de Catface en un trono construido con una toallita vieja y un alfiletero unidos por cepillos de dientes y ramitas. Al frente de la comitiva, correteaba una rata centinela que lo olfateaba todo.

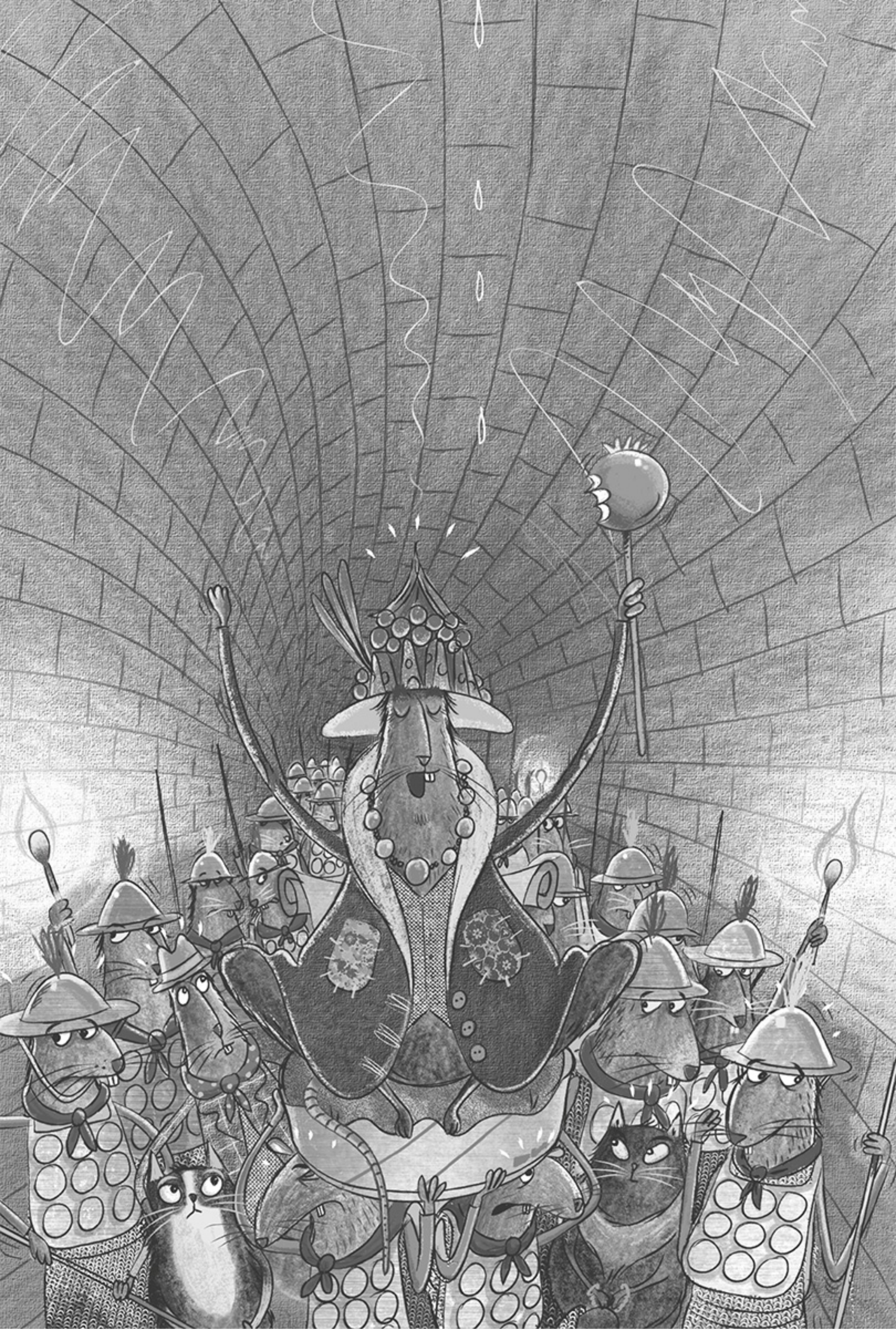
—Me estoy acercando —chilló.

Todas las ratas gritaron palabras de aliento mientras sostenían las antorchas en alto.

—Bien, hijo mío, veamos cómo mi ejército y yo nos enfrentamos a este monstruo vuestro —le dijo el rey a Catface y, dirigiéndose a su ejército, ordenó

—: ¡¡Alto!!

El centenar de soldados se detuvo.



—Traigan aquí a los prisioneros —vociferó el rey justo cuando el centinela regresaba, muerto de miedo, de un túnel que había más adelante.

—La-la-la serpiente… está ahí arriba, ¡por ese túnel! Da a un recinto pequeño con una charca. Está descansando en la orilla. No creo que me haya visto, pero… es extremadamente grande (colmillos enormes, ojos astutos, cola inmensa). Estaríamos locos si… —Se calló al ver que el rey lo fulminaba con la mirada—. Estoy seguro de que no es rival para su ejército, mi rey —terminó mientras hacía una gran reverencia.

El rey le dirigió una mirada indignada y luego se volvió hacia su general.

—Está bien, mi leal súbdito, el plan es el siguiente —dijo con confianza—: las cien ratas que estamos aquí cruzaremos el túnel corriendo y rodearemos a Brian por todos lados. Yo lo apuñalaré en la cola, tú apunta a la cabeza y domina a la bestia. Sí, me parece justo. ¿Trato hecho?

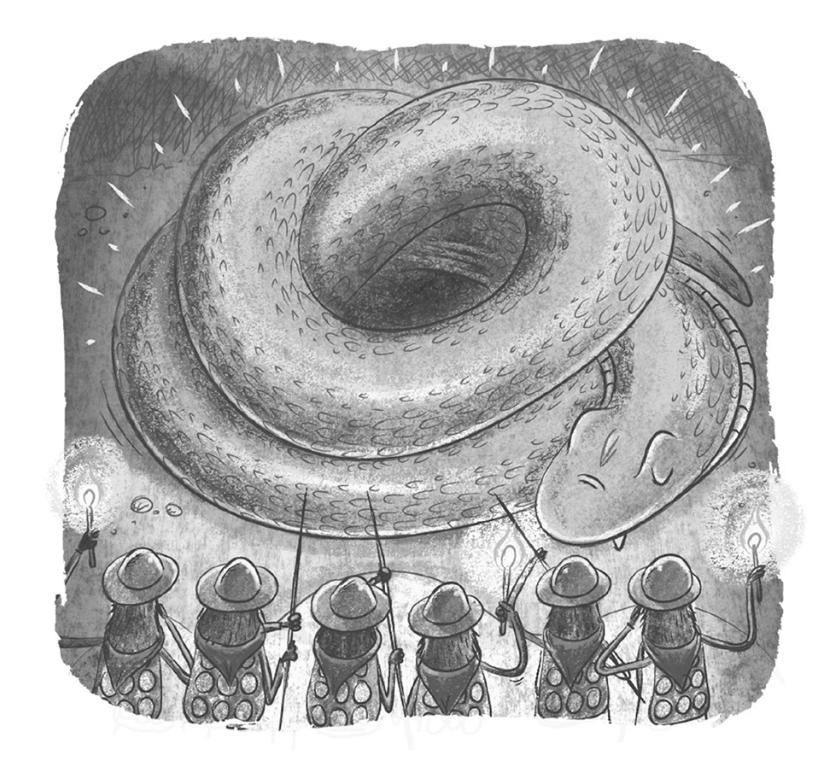
El general parecía pensar que aquella era una idea terrible, pero accedió con un gesto militar. Entones el rey se dirigió a sus tropas:

—Bien, hoy es el día en que les demostraremos a todos esos habitantes de la superficie que las ratas gobernamos esta ciudad y que podemos vencer a ese monstruo llamado Brian. Si amáis vuestro hogar y a vuestra familia, ¡seguidme!

La multitud arrastró a Ro-Ro, Silver y Catface y, sin saber cómo, ya habían salido del túnel, habían entrado en el recinto y estaban junto a la charca. En el banco opuesto, enroscada en una enorme espiral de escamas verdes y marrones, había una serpiente inmensa. Parecía feroz; parecía aterradora; parecía… dormida.

—Pues vaya decepción —dijo Silver.

El ejército de ratas se fue acercando lentamente hacia la serpiente dormida con las cerillas encendidas y los palillos en alto.



Pero Ro-Ro no se dejó engañar. Sabía que ese era el depredador más mortífero al que se había enfrentado. Había visto culebras antes, cuando vivía en Italia. A menudo parecía que estaban durmiendo, pero eran capaces de despertarse y atacar en cualquier momento.

—Esto va a terminar mal —les susurró a Catface y Silver—. Tenemos que quitarnos estas esposas.

—**¿LO VEIS?** —vociferó el rey—. Os dije que lo atraparía. Después de todo, no es un monstruo ni por asomo, tan solo una gran serpiente dormi…



Un fuerte alarido de todas las ratas al unísono atravesó el aire y, cuando el rey se giró, vio a todo su ejército que huía de vuelta a través del túnel.

Pero ¿por qué? Pues porque Brian se había despertado y no estaba del todo contento con el panorama de un ejército de ratas listas para atacarlo nada más abrir los ojos.

Así que hizo lo que haría cualquier cobra real que se precie: se irguió y empezó a desplegar su capucha, una visión aterradora para cualquiera, pero mucho más si eres su presa favorita.

—Siento tener que pronunciar las palabras «os lo dije» —comentó Ro-Ro mientras se arañaba desesperadamente las esposas.

Hacía rato que los guardias se habían esfumado y habían dejado que el rey, Catface, Ro-Ro y Silver se enfrentaran solos a Brian.

—¡Catface, rápido, roe las esposas! —le pidió Ro-Ro.

—Ahora mismo —respondió Catface. Sus grandes dientes se pusieron a trabajar y en un pispás estaban todos libres.

—Es increíble que hayamos tardado tanto en darnos cuenta de que era una rata —comentó Silver mientras corrían hacia el padre de Catface—. ¡Menudos

piños!

—Ahora no, tato —le respondió su hermana.

Se detuvieron justo en medio de la charca.



La serpiente había desplegado la capucha por completo y se había levantado hasta alcanzar dos metros de altura. Casi tocaba el techo de la cloaca y hacía un ruido terrible, como un gruñido. Frente a la cobra estaba el padre de Catface, que, armado solo con un palillo, se volvió y gritó:

—¡CORRE! ¡MÁRCHATE, HIJO!

—No, padre, espera, que ya voy —chilló Catface mientras corría hacia él.

La serpiente gigante puso los ojos en blanco y, con un meneo de su poderosa cola, lanzó contra una pared a Catface y a su padre, que se desplomaron inconscientes.

—¡Pues sí que ha ido bien! Ahora vas tú, tata. Ten cuidado —añadió Silver.

Aunque sonaba confiado, Ro-Ro se dio cuenta de que su hermano temía por ella.

La gata sabía que nunca se había enfrentado a algo así. Una cosa era un ejército de ratas o los gatos del vecindario que habían intentado intimidarlos a Silver y a ella en Italia; incluso los tigres del zoo, con sus enormes dientes, parecían más fáciles de afrontar que lo que tenía delante en ese momento: una de las serpientes más mortíferas del mundo. A pesar de todo el entrenamiento que Ro-Ro había recibido de su maestro en Italia, Brian podía machacarla, partirla en dos de un mordisco o clavarle los colmillos y dejar que su veneno letal hiciera el trabajo.

«Genial, cuántas formas tan maravillosas de morir —pensó—. Sé positiva, Ro-Ro. Sé positiva».

—Cuidado con esos colmillos, tata —le dijo Silver—. Parecen venenosos.

—Gracias, Silver. Muy útil. Lo tendré en cuenta.



Había poca luz, así que la limitada visión de Ro-Ro no le era de gran ayuda. Sin embargo, pudo oír a Brian moviéndose por el agua hacia ella, cada vez más

cerca y listo para atacar. Sintió que la serpiente arqueaba su musculoso cuerpo y también que el agua formaba ondas a su alrededor. De repente, Brian se lanzó sobre ella, pero, cuando estaba a punto de clavarle los colmillos, ella se apartó de un salto… justo a tiempo.

«¡MAMMA MIA! ¡Sí que es rápido! —pensó Ro-Ro, asustada—. Vale, es más fuerte y más mortífero que yo, y es tan rápido como yo. No sé si podré acercarme lo suficiente para ponerle una pata encima… Lo único que podría hacer es cansarlo antes de que acabe conmigo».

Y así, cada vez que la serpiente tenía a Ro-Ro al alcance de sus letales colmillos, ella se apartaba de un salto justo antes de que pudiera morderla.

La batalla resultaba mucho más difícil que la que había librado contra Jae Jae. No había ramas a las que saltar, y Brian atacaba a la velocidad de un rayo.

Ro-Ro sabía que no podría aguantar: ella también estaba cansándose y se le acababan las ideas.

Estaba de espaldas a la pared del recinto, cerca de donde el agua llegaba a la charca. Cuando Brian se abalanzó de nuevo, ella lo esquivó justo a tiempo de ver que la serpiente se golpeaba contra la pared y se desprendían algunos ladrillos.

¡ESA ERA SU OPORTUNIDAD!

Si era capaz de conseguir que Brian golpeara en un punto concreto de la pared, con un pequeño empujón se le vendría toda encima, y eso le provocaría un dolor de cabeza brutal.

Ro-Ro sabía que solo podría hacer un intento. Después no tendría suficientes fuerzas y seguramente los colmillos de Brian la atraparían.

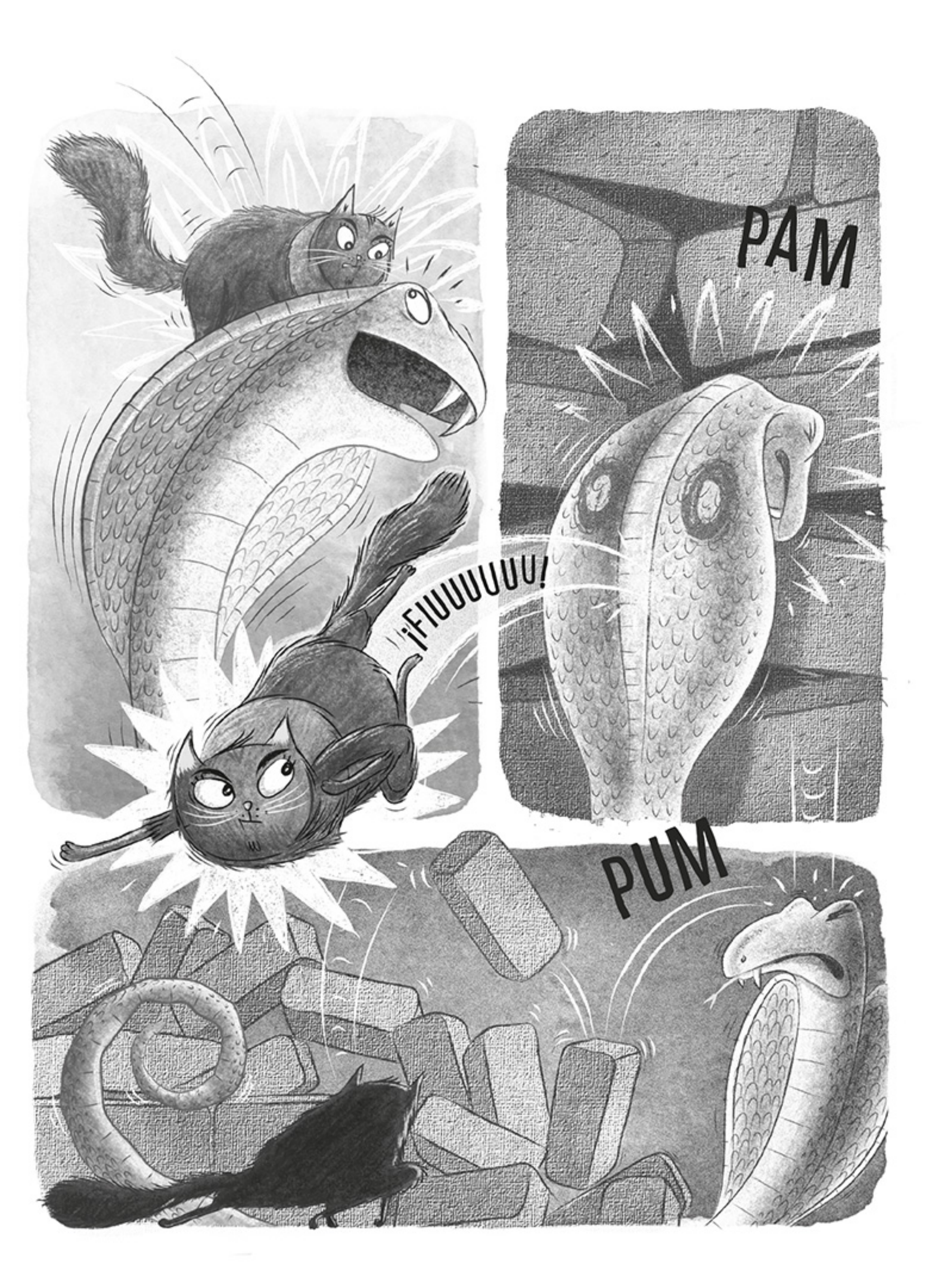
Justo en ese momento, la serpiente se preparó para atacar de nuevo echando atrás su gran cabeza, con la capucha desplegada y la mirada alerta.

Ro-Ro cerró los ojos, respiró profundamente, recordó su entrenamiento y confió en su instinto. Sintió una ráfaga de aire y, sabiendo que la serpiente se encontraba a solo unos centímetros de ella, saltó y se quedó suspendida en el aire para poder esquivar la embestida; luego giró el cuerpo y aterrizó sobre la cabeza de Brian.

Como un rayo, le puso las patas detrás del cuello, lo lanzó contra la pared y, en el último segundo, se alejó de un salto.

Aterrizó con una sencilla voltereta y se volvió para ver cómo cedía la pared, que se derrumbó alrededor de la serpiente y atrapó la parte central de su cuerpo.

¡Brian estaba furioso! Dejó escapar un siseo aterrador justo antes de que un último ladrillo lo golpeara en la cabeza y lo dejara inconsciente.


¡FIUUUUUU!
PAM
PUM

Catface y su padre se despertaron al oírlo.

Silver corrió hacia Ro-Ro y exclamó:

—¡Ha sido increíble! El mejor combate de tu vida. Descríbenoslo, anda. Para ti ha sido pan comido, ¿verdad? ¿A que sí?

—Ay, tato, ahora no estoy para entrevistas —contestó la gata—. Estoy agotada. Llevemos a Brian de vuelta al zoo y nos vamos a casa. Y, ahora que lo pienso…, ¿exactamente cómo vamos a llevar a una cobra real de vuelta al zoo?

Silver estaba pinchando a Brian con un palillo.

—Todavía respira, así que…

Un fuerte gemido lo interrumpió. ¡Era la serpiente!

—¡AAAYYY! ¡Qué dolor de cabeza! Pero ¿de qué vais? Primero las ratas, luego los gatos… ¿Por qué no me dejáis en paz?

—¿Dejarte en paz? —repitió Ro-Ro—. Te has escapado del zoo para darte un festín con los animales de Londres. ¡Teníamos que evitarlo!

—¿Darme un festín con los animales de Londres? ¿De qué hablas? ¿Os he atacado yo primero? ¡Qué va! ¿Alguno de vosotros se molestó en preguntar antes de perseguirme furiosos en tropel? Mirad, ya comí la semana pasada y no debo alimentarme de nuevo hasta dentro de unas semanas, tal vez meses. Vale, sí, todos parecéis muy sabrosos, especialmente ese caballero corpulento de ahí —y señaló con la cabeza al rey, que miraba tras de sí como si Brian estuviera hablando de alguien totalmente diferente—, pero no tengo hambre. Así que, ¿se puede saber por qué me perseguís?



Todos los gatos y las ratas bajaron la vista al suelo, un poco avergonzados y muy violentos.

—¡VAYA METEDURA DE PATA! —exclamó Silver.

—Bueno… —replicó Catface—. Es que nos dijeron que te habías escapado del zoo y… como es lógico, ya sabes, nos temimos lo peor. Eres Brian, la cobra real. Eres famoso en todo el país. Fuera del zoo, todos te tienen miedo.

—¿En serio? —dijo Brian sorprendido—. Vamos a ver, igual asusto un poco, pero soy bastante amable, la verdad. Me llevo de maravilla con Julio, la víbora crotalina que vive al lado.

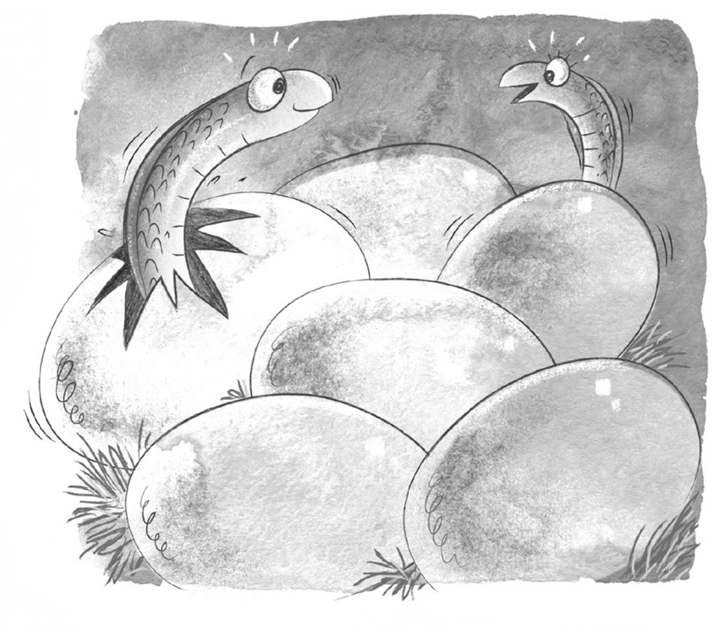
—Ya… Y entonces ¿por qué te has escapado? —le preguntó Ro-Ro.

—Por mi novia —respondió Brian.

—¿Perdona? —dijeron todos a la vez.

—Sí, se llama Brenda. Nos conocemos desde que éramos huevos, pero nos separaron hace un año. Pensé que la había perdido. Pero la semana pasada apareció una nueva cascabel diamantada del oeste llamada Eric, a la que habían

rescatado de manos de unos traficantes de mascotas ilegales, y me dijo que la había visto en un piso del barrio de St. John. Así que me voy a salvarla, o al menos eso intentaba hasta que tú me tiraste una pared en la cabeza…



—Ya… Entonces ¿irás a por ella y volverás al zoo? —le preguntó Silver—. ¿Sin, ya sabes, zamparte a nadie?

—¡Por supuesto! Es mi casa, todos mis amigos están allí, el clima es estupendo y la comida es fantástica… ¡Y sin tener que cazar a tipos como vosotros! Solo quiero rescatar a mi novia. Tengo la dirección, pero soy una serpiente enorme, así que no soy muy discreto. Además, no tengo ni brazos ni piernas, y no estoy seguro de cómo voy a entrar allí, ni de cómo voy a sacarla.

Los gatos y las ratas se miraron entre sí.

Ro-Ro sabía exactamente lo que había que hacer y dijo:

—Bueno, pues con eso podemos ayudarte. Llévanos allí y nosotros haremos el resto. Después de lo que te hemos hecho pasar, es lo mínimo que podemos hacer.

—¿En serio? —dijo Brian—. ¡Gracias!

Todos le sonrieron a Brian un momento y luego se quedaron inmóviles e

incómodos, como si no estuvieran seguros de qué hacer a continuación.

—Eh, igual deberíais quitarme esta pared de encima para que podamos irnos —sugirió Brian.

—Sí, claro, ¡perdona! —se disculpó Ro-Ro.

—No pasa nada —dijo Brian mientras ellos quitaban los escombros a su alrededor—. Eres muy buena luchando, gatita. ¡Me va a doler la cabeza durante una semana! Bien, gatos, ratas y lo que sea que seáis —dijo, y señaló a Catface—, ¡VAMOS, TENEMOS UNA SERPIENTE QUE RESCATAR!



8

Las ratas que vivían en las cloacas de camino al barrio de St. John contemplaron atónitas al rey, su hijo desterrado y dos gatos que se deslizaban a gran velocidad… a lomos de una serpiente gigante.

—Supongo que tendré que dar unas cuantas explicaciones cuando vuelva a Villarrata —comentó el rey mientras saludaba a sus confundidos súbditos—. Los periódicos se venderán como rosquillas. En fin, estoy recordando viejos tiempos: recorrí estos túneles para escaparme después del Gran Robo de Queso. ¡Qué días aquellos! Ya casi estamos. Dobla la siguiente a la izquierda y después de unos diez metros debería haber una escalera a la alcantarilla más cercana.

Las indicaciones del rey eran perfectas, claro, y llegaron a St. John en un abrir y cerrar de ojos. Ayudados por la oscuridad, ese grupo tan extraño formado por dos gatos, dos ratas y una serpiente salió de una alcantarilla y se adentró en los arbustos que bordeaban un bloque de pisos. Al parecer, Brenda estaba presa en el segundo piso.

—Bien, el plan es el siguiente —dijo Ro-Ro—: Silver y yo treparemos el muro. Echaremos un vistazo para comprobar si Brenda está ahí y luego os avisaremos. Pero… no intentará comernos, ¿no?

—Bien visto —le respondió Brian—. Mejor voy con vosotros.

—¿Sabes trepar? —le preguntó Silver.

—Claro, no tengo patas ni garras ni dedos…, pero, aparte de eso… —Se encogió de hombros, o lo habría hecho… si hubiera tenido hombros.

Ro-Ro y Silver comenzaron la escalada. Brian se enroscó en una cañería y reptó hacia arriba.

No tardaron en llegar al alféizar de una ventana del segundo piso.

—Debería ser aquí —dijo Brian mientras se asomaba.

Era evidente que estaban en el lugar correcto. Silver le describió la escena a Ro-Ro. La sala delantera estaba repleta de terrarios con lagartos, ranas y serpientes y, al fondo, había una gran serpiente igualita a Brian, que estaba profundamente dormida.



—Ahí está. ¿No es un bellezón? —suspiró Brian.

Silver tragó saliva.

—No sé si me apetece mucho entrar ahí, tata —dijo—. Creo que tenemos mucha pinta de desayuno.

—No tenemos elección —le respondió Ro-Ro. Miró hacia arriba y le pareció ver que la ventana superior estaba abierta—. Mira, intentaré entrar por ahí y abriré la ventana inferior desde dentro. Brian, luego tú despiertas a Brenda, le dices que no nos coma y salimos de aquí. ¿Os parece bien?

Silver levantó las dos patas mientras Brian lucía una gran sonrisa bobalicona y enamorada, con la lengua bífida colgando a un lado.

—¡Qué extraño! —comentó Ro-Ro—, pero creo que eso es un sí.

Ro-Ro trepó sigilosamente hasta la ventana, entró y se dejó caer con cuidado en la habitación. No veía mucho, pero el cielo estaba cada vez más claro, lo que le daba la luz suficiente para distinguir algunas formas. De momento, todo iba según lo previsto, solo tenía que conseguir abrir la ventana inferior y…

En el pasillo se encendió una luz y Ro-Ro oyó unos pasos.

—¡Viene alguien! Escondeos —les susurró a Brian y Silver. Ellos se agacharon para que no se les viera, pero Ro-Ro se había quedado tirada. Rápidamente, con un movimiento ninja rompió el candado del primer terrario al que llegó y se metió dentro, justo cuando entraba un hombre con un portapapeles.

—¡Ernie! —llamó el hombre a alguien que estaba fuera de la habitación—. Tenemos cincuenta de estos bichos raros para entregar dentro de una hora en el punto habitual para evitar a la policía. Están en la parte trasera de la furgoneta. Estoy echando un vistazo a las serpientes y arañas. Cuando acabe, podemos marcharnos.



«Deben de ser los traficantes de mascotas ilegales de los que Brian ha oído hablar —pensó Ro-Ro—. ¡Hay que actuar con rapidez! Solo tengo que llegar al terrario de Brenda… Un momento, ¿qué ha dicho de unas arañas?».

Lentamente, Ro-Ro se volvió hacia la parte trasera del terrario en el que estaba.

Una gran bola negra y peluda comenzó a estirarse, extendiendo poco a poco las patas, hasta que Ro-Ro se encontró frente a **LA ARAÑA MÁS GRANDE** que había visto jamás.



De todas las malas situaciones posibles, esa era una de las peores. Aunque Ro-Ro hubiera luchado contra tigres y una serpiente enorme en las dos horas anteriores, el terrario era muy pequeño y no podría utilizar ninguno de sus movimientos ninja mientras estuviera atrapada en él.

La araña comenzó a arrastrarse hacia ella. Ro-Ro vio que el hombre recorría la habitación comprobando los terrarios y las jaulas. ¡No había donde esconderse! La gata volvió a agazaparse y se estaba preparando para sacar las garras cuando, de pronto, el hombre apareció junto a ella.

Miró a la araña y luego a Ro-Ro con un gesto que reflejaba el desconcierto más absoluto.

—¡Ernie! ¡Aquí hay un gato! —gritó.

Era la oportunidad que necesitaba Ro-Ro. Salió del terrario de un salto, golpeó al hombre en plena la cara y lo tiró al suelo. Tras pensar un instante, rebotó en su cabeza, saltó hacia el terrario de Brenda y rompió el candado con el mismo movimiento ninja.

La cobra se despertó y se lanzó de inmediato a por Ro-Ro diciendo:

—¡El desayuno!

Ro-Ro brincó lo más alto que pudo y se agarró con una pata a la lámpara del techo.

—Te equivocas —le dijo—. He venido a rescatarte. Estoy con Brian… —Señaló hacia la ventana, donde este sonreía embobado.

—**¡CIELITO MÍO!** —siseó Brenda con cariño.

Silver se rio tanto que casi se cae del alféizar.

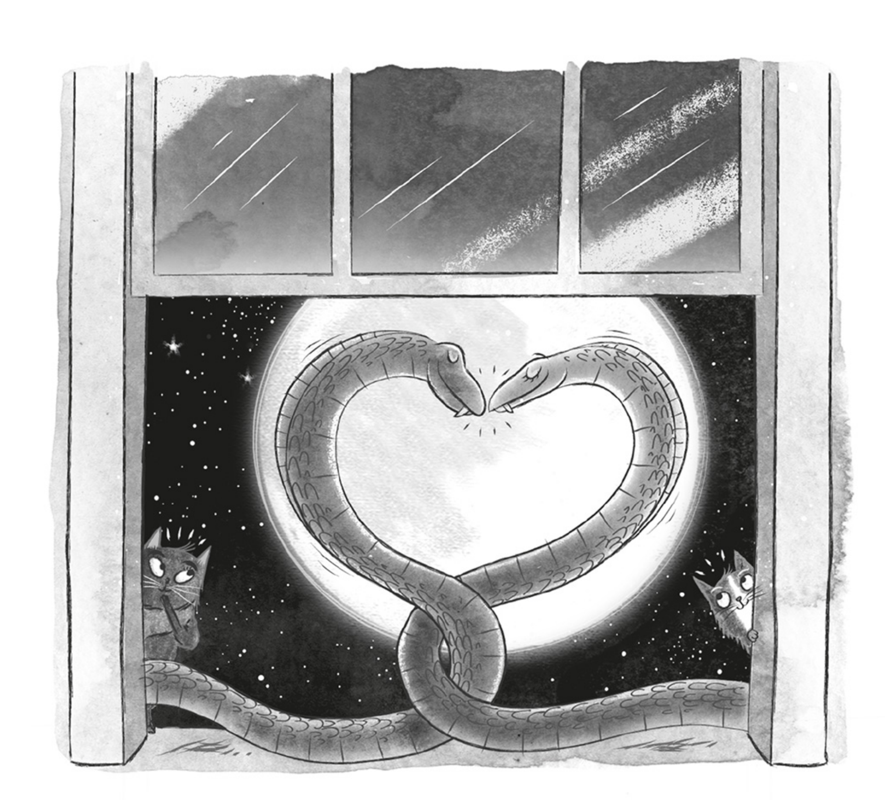
—Te parecerá un poco raro que venga a rescatarte un gato —dijo Ro-Ro—, pero sígueme la corriente y no intentes comerme, anda.

—Entendido —respondió la serpiente.

Ro-Ro se dejó caer y las dos corrieron hacia la ventana. La gata consiguió abrirla y salieron al alféizar.

—**¡AY, MI PITUFINA!** —gritó Brian.

—**¡BRIANCITO MÍO!** —le respondió Brenda mientras se enroscaban el uno alrededor del otro.



—Siento interrumpir, pero tenemos que irnos de inmediato —dijo Silver.

—¡Pero no podemos marcharnos sin rescatar a los demás! —respondió Brenda.

—¡¿Estás chalada o qué?! —exclamó Silver—. ¿Quieres que liberemos a todo

un ejército de animales carnívoros?

—No, no, yo soy la única por la que tenéis que preocuparos —dijo ella—. Los demás solo comen insectos y gusanos, y alguna rata que otra.

—Eh…, no lo digas muy alto —le pidió Silver.

—Si los dejamos aquí, los venderán y se los llevarán a quién sabe dónde y ya no volverán a ver a sus familias —explicó Brenda.

—Vale, déjamelo a mí —dijo Ro-Ro—. Vosotros, poneos en marcha. Ahora mismo voy.

Silver y las serpientes empezaron a bajar por la cañería hacia la libertad.



Ro-Ro sacó las garras y en cuatro rápidos golpes ninja había abierto los terrarios.

—¡Ven aquí, maldito minino! —El hombre había vuelto en sí y parecía muy enfadado.



Ro-Ro tenía que volver a la ventana… y rápido. Dio un salto tremendo sobre la cabeza del hombre y le metió la gorra hasta la nariz, luego volvió a saltar y alcanzó el alféizar.



Una procesión de lagartos, ranas, arañas e iguanas salieron corriendo de su encierro en dirección al hombre.



—¡Aaajjj! ¡Arañas! ¡Lagartos! ¡Aaajjj! Yo me largo. ¡Ernie!

—Mucha suerte, amigos —les deseó Ro-Ro a los animales que se habían escapado—. Y no comáis ratas, por favor, que no son malas.

Y Ro-Ro, la gata ninja, saltó al frío aire de la noche.

9

Estaba siendo el día más extraño de la historia de Villarrata. Los vecinos andaban un poco confundidos. En el balcón del palacio, el rey mostraba orgulloso a su hijo (que se suponía que estaba desterrado) junto a dos gatos y dos serpientes… ¡como si fueran héroes!

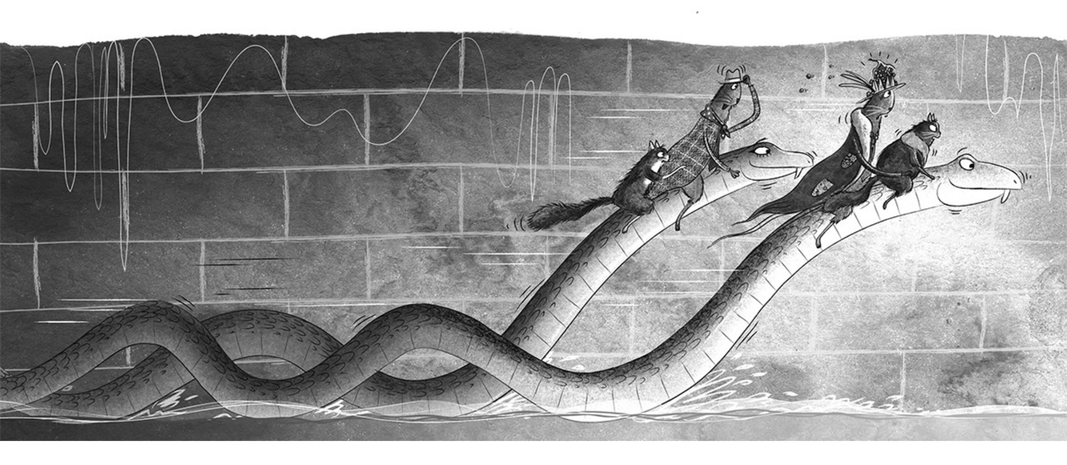
Fue precisamente Brian quien lo sugirió en las cloacas de vuelta a casa:

—Alteza —le había dicho al rey, que cabalgaba a su espalda por los túneles —, cuando lleguemos a Villarrata, a su pueblo le parecerá un poco extraño que ahora seamos amigos porque lo último que saben es que estaba a punto de enfrentarse a mí con un palillo. Es solo que no quiero que parezca… no sé… bobo o… débil, lo contrario a un rey. Como un tonto, si me lo permite.

—Ya, ya entiendo —lo interrumpió el rey—. Tienes razón. ¿Qué sugieres que digamos?

—Quizá que su hijo, usted y yo peleamos y que ustedes dos lo hicieron tan bien que yo admití mi derrota. Y que, al verme agotado, se apiadaron de mí y, junto con los gatos, me ayudaron a rescatar al amor de mi vida, lo que forjó una amistad eterna entre ratas y serpientes…

¡TACHÁN!



—Me gusta… y se parece mucho a la realidad —dijo el rey.

—Excepto por la parte bastante importante de que ni Catface ni usted lo derrotaron —corrigió Silver—. Creo recordar que usted duró aproximadamente diez segundos…

—Sí, bueno, podemos pasar por alto todo eso… Ojos que no ven, corazón que no siente —zanjó el rey.

—¿Y qué hay de mí, padre? —preguntó Catface—. ¿Soy bienvenido en casa después de todo lo sucedido?

—Después de todo lo que hemos pasado esta noche, hijo mío, debo decir que nunca he estado tan orgulloso de ti. Perdóname por todo. Te envidiaba porque estabas a gusto ahí arriba, en las calles, con todos esos habitantes de la superficie. Dime: ¿los gatos son tan geniales como parecen?

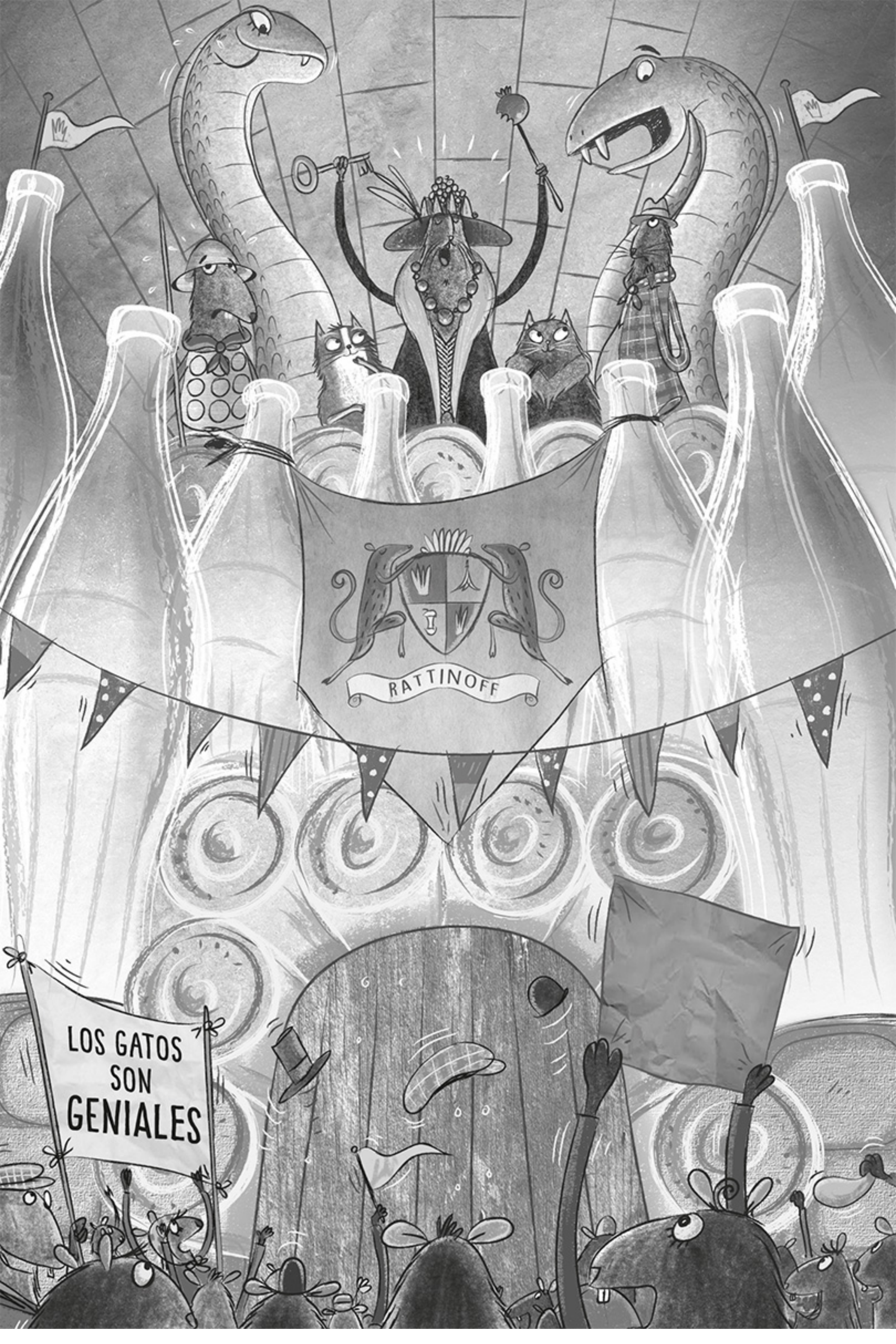
—Padre —le respondió Catface mientras sonreía a Ro-Ro y a Silver—, la palabra «geniales» se queda corta.

Habían decorado la plaza del pueblo con todos los adornos disponibles y una multitud de ratas aplaudían, bailaban y agitaban banderas con el escudo de los Rattinoff.

Las ratas trompetistas entonaban una alegre melodía mientras las crías jugaban en el parque rodeadas de puestos de comida de los que emanaba un olor

delicioso.

—Hay que reconocer que a las ratas se les da bien organizar fiestas… —le dijo Silver a Ro-Ro mientras contemplaban la escena desde el balcón del palacio de botellas de refresco—. Lo siento, pero no puedo irme sin probar una basubúrguer.


RATTINOFF
LOS GATOS SON GENIALES

—Hoy celebramos un día espléndido en la historia de las ratas, los gatos y las serpientes —proclamó el rey a su pueblo—. A partir de ahora, ya no somos adversarios y entregaremos las llaves de la ciudad a nuestros amigos Brian y Brenda.

—No sé si es la idea más brillante que se le podría ocurrir a tu padre —le susurró Brian a Catface—. A mí ya no me gustan las ratas, pero a Brenda le encantan. No necesitará alimentarse durante un tiempo, pero yo no la invitaría a venir, la verdad.

—¡Uf! —exclamó Catface mientras se ponía pálido—. Eh…, mejor se lo digo luego a mi padre.

—Y a la poderosa Ro-Ro y a su hermano Silver —continuó el rey—, les concedemos el más alto honor del reino de las ratas: **¡LA CORONA DE QUESO!**

Un par de ratas de la Guardia del Rey sacaron una corona hecha de un queso realmente apestoso: una combinación de camembert, stilton y cabrales, por lo que pudo oler Ro-Ro.

—¿Qué? —susurró—. ¡No me pongo eso ni loca!

—¡Tienes que ponértelo! —le dijo Catface—. Es el mayor honor que se concede en nuestro reino. Significa que pasarás a la historia como amiga de las ratas.

—¡Y que parecerás una pringada! —añadió Silver soltando una risita.

—No sé de qué te ríes —le respondió Ro-Ro—. ¡También hay una para ti!

—¡Qué dices!

No pudieron más que quedarse allí mientras los engalanaban con su corona y el pueblo aplaudía y ellos se sentían… en fin, un poco tontos… y realmente apestosos.



—Y, por último, es el turno de mi hijo, Catface —siguió el rey—. Sí, puede que parezca uno de nuestros peores enemigos, los gatos…

—¡Eh! —exclamaron Ro-Ro y Silver.

—Bueno, nuestros antiguos enemigos, los gatos —se corrigió el rey—, pero la valentía que ha demostrado hoy Catface al salvarme a mí y a toda la ciudad de los colmillos de Brian, la cobra real, ha sido poco menos que heroica y…

—Se está pasando un poco, ¿no? —siseó Brian.

—Catface… o Alex, como te llamamos tu madre y yo —dijo el rey—, eres el legítimo heredero de Villarrata y siempre serás bienvenido aquí.

—¡Gracias, padre! —se emocionó Catface mientras lo abrazaba—. Aunque creo que por ahora me quedaré arriba. Como tú has dicho, los gatos son geniales.

—**Y, AHORA, DIVIRTÁMONOS COMO RATAS SOBRE EL TEJADO DE ZINC** —proclamó el rey—. **¡QUESO PARA TODOS!**

La plaza del pueblo estalló en vítores y aplausos. La música y el baile se

reanudaron al son de violines, acordeones y flautas en tamaño rata tocando los últimos éxitos rateros. ¡Una fiesta por todo lo alto!

—Brian, me gustaría darte las gracias por todo —dijo el rey volviéndose hacia él.

La cobra le dirigió su sonrisa bobalicona.

—No hay de qué. ¡Gracias por ayudarme a rescatar a mi media naranja! Otra cosa: si alguna vez tiene problemas con ratas más grandes de las afueras, ya sabe a quién llamar. Nosotros nos ocuparemos, ya me entiende —dijo Brian con un guiño.

—Estooo… Gracias por el ofrecimiento —respondió el rey, un poco confundido.

—Bueno, ya sabe dónde encontrarnos. ¡Hasta pronto!

Con un gesto de agradecimiento a los gatos, las dos serpientes se fueron reptando, con las colas entrelazadas, de vuelta al zoo.

Mientras tanto, de todos los puestos de comida salían disparados trozos amarillos de queso.

—Esto va a ser un caos —dijo Catface mientras se llevaba a Ro-Ro y a Silver del balcón—. Tengo que acompañaros a casa antes de que salga el sol.

—Podría dormir durante una semana —dijo Silver—. ¡Vamos!

—Totalmente de acuerdo —confirmó Ro-Ro con un bostezo—. Una cosa: ¿cuándo podemos quitarnos estas coronas de queso sin parecer unos maleducados?

10

El sol del amanecer iba volviendo el cielo de un frío pero hermoso color naranja mientras Catface acompañaba a los gatos de vuelta a casa. Estaban tan agotados que, incluso con su entrenamiento ninja, a Ro-Ro le costó pasar por encima de la verja.

Su hermano y ella asomaron la cabeza por los barrotes para despedirse de Catface.

—Bueno, pequeñines —dijo la rata—, creo que hemos tenido suficientes aventuras para una noche. No sé vosotros, pero al menos yo estoy exhausto, aunque me alegro de que me hayáis pillado metiendo el hocico en vuestros contenedores. Quiero daros las gracias. He regresado con mi padre y con mi gente, y lo más importante de todo es que estoy orgulloso de ser quien soy: Catface, la rata que parece un gato. Y todo eso os lo debo a vosotros dos, mis gatitos guerreros de Italia. Y tú, jovencita —añadió, mientras señalaba con una pata a Ro-Ro—, tienes que enseñarme alguno de esos movimientos ninja.

—¡Claro! —contestó ella—. Ya sabíamos que Londres era una ciudad con mucho ajetreo, ¡pero no esperábamos que fuera tan alocada! ¿Podemos tomarnos un par de noches de descanso antes de repetir la experiencia?

Catface sonrió.

—Por supuesto. ¡Hasta pronto!

Les guiñó un ojo, se tocó el sombrero como despedida y se marchó silbando y con paso despreocupado de buena mañana.



Los gatos casi se cayeron por la gatera. Fueron directamente a la cocina y acabaron con los cuencos de la comida que había sobrado la noche anterior. Luego subieron en silencio a la cama, donde sus padres empezaban a despertarse de un sueño placentero.

—¿Aún echas de menos Italia, tata? —preguntó Silver mientras los dos saltaban a los pies de la cama.

—Un poco, pero creo que encajaremos bien aquí.

—Yo también. Buenas noches, tata.

—Buenas noches, tato.

Acurrucados uno junto al otro, se quedaron profundamente dormidos, justo cuando sonó el despertador de sus padres y se encendieron las luces.

—¡Venga, gatitos! ¡A desayunar! —dijo mamma—. Ro-Ro, Silver, ¡arriba!

—Tenemos los gatos más perezosos del mundo —comentó papa.

Pero ninguno de los gatos lo oyó. Ya estaban soñando con la noche más loca de sus cortas vidas.

Mientras, en el zoo de Londres, los guardas nocturnos hacían la última ronda. Había sido una noche extraña. Los animales se habían pasado horas armando alboroto. Por suerte, el turno de noche estaba a punto de terminar.

—Venga, Derek, volvamos. Me muero de hambre —le dijo Norman a su amigo. Le apetecía una buena fritanga y mucho té calentito con azúcar.

—Ahora voy, Norman. Voy a echarle un último vistazo al reptilario.

—Haces bien. Venga, date prisa.

Derek abrió las pesadas puertas de roble y recorrió lentamente el recinto, con cuidado de apuntar la linterna hacia abajo para no despertar a ninguno de los animales.

Al pasar por delante del último terrario, echó una ojeada, apartó la vista y luego miró de nuevo. Se frotó los ojos y cogió el walkietalkie.

—ESTO… NORMAN…, ¿CUÁNTAS COBRAS REALES SE SUPONE QUE TENEMOS?


COBRA
GUARDA


FIN

Agradecimientos

En primer lugar, gracias a mi equipo de Hachette por su (inmensa) paciencia, comprensión, inteligencia, creatividad y apoyo.

Quiero dedicar un agradecimiento especial a Anne McNeil y Alison Padley y enviarle mi cariño a la incansable Sarah Lambert (Sarah: ¡deberías haber sido marine!), por escuchar mi propuesta —una historia real sobre mi gata ninja ciega — y por tener la fe y la confianza necesarias en un novelista primerizo para dejarme llevarla a la práctica.

Gracias a Nick East por su increíble talento, lo bien que lo pasamos cuando comemos juntos y lo genial que es en general. Nick: me ha encantado ver de qué manera tan gráfica dabas vida a Ro-Ro, Silver, Catface, al resto de los personajes y a mi querido Londres. Te agradezco también que hayas sido tan amable y comprensivo conmigo y con mi rudimentario conocimiento del mundo de la ilustración.

De mi equipo de John Noel Management, quiero dar las gracias a John, Jonny y Jess, que han dirigido de manera estoica y tenaz el proyecto allá donde yo decidía llevarlo, sin quejas ni vacilaciones y siempre de buena gana y mostrándome su apoyo incondicional.

Les estoy muy agradecido a Liz, Jordan, Sophie —esa fuerza de la naturaleza

a quien tanto echamos de menos— y a todo el personal de LMPR por su ardua labor, su saber hacer y su excelente trabajo en equipo en todos los aspectos.

Me gustaría dar las gracias a mi sobrina, Josette, sin duda la estrella más brillante del clan O’Leary (ya, Josette, ya sé que «eres una Stick además de una O’Leary»), cuya afición a la lectura y a todo lo relacionado con los libros honra a sus padres, sus abuelos y su tío.

Muchas gracias a todo el equipo de The Village Vets, de Belsize Park; en particular, a Fran, Kate, Chantelle, Helen, Victoria, Debbie y Adam, por cuidar de nuestro querido Silver y darle siete meses más de vida, que fueron espectaculares.

Estoy muy agradecido a mi mujer, Dee, como siempre, por las horas de esfuerzo e inspiración y porque me ayudó a plasmar en papel a nuestros gatitos y convertirlos en los héroes que sabemos que son.

Y, por último, doy las gracias a los protagonistas del espectáculo, Toto y Silver, por haber entrado en nuestras vidas cuando no eran más que dos mininos italianos y por elegirnos como su mamma y su papa. Silver, siempre serás nuestra estrella del rock; Toto, siento haberte desenmascarado, pero tu historia era demasiado increíble como para no contarla. Gracias por ser nuestra pequeña ninja.

LA SOPA DE LETRAS NINJA DE RO-RO

¡A ver si puedes encontrar todas las palabras de la sopa de letras de Ro-Ro!

Pueden ir hacia delante, hacia atrás, hacia arriba, hacia abajo y en diagonal.

¡BUENA SUERTE, NINJA!



CONSEJO DE RO-RO:

Fotocopia la página si no quieres escribir en el libro.

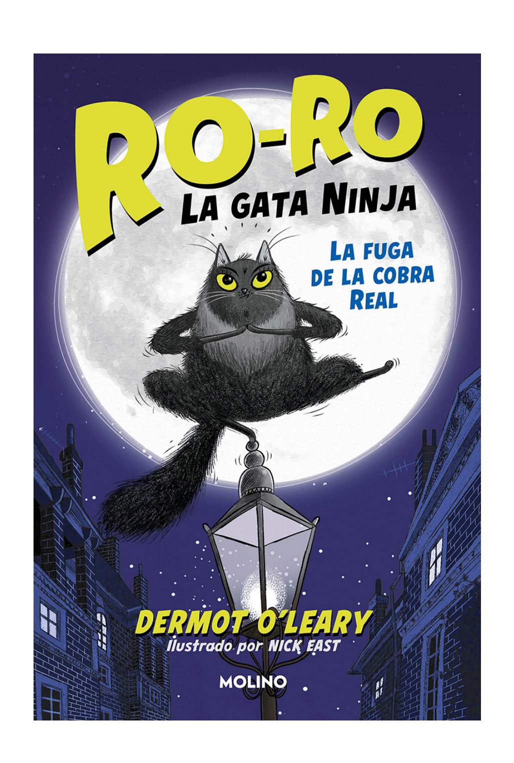


Z	O	O	J	N	I	N	T	R	G
C	O	C	O	B	R	A	Y	O	P
A	N	X	T	S	L	S	L	R	A
T	I	P	E	E	J	T	A	O	S
F	N	T	T	C	R	P	T	V	T
A	J	U	S	H	A	O	I	H	A
C	A	B	X	S	I	L	V	E	R
E	H	O	R	T	E	M	T	P	N
G	I	T	A	L	I	A	L	A	D
Q	U	E	S	O	V	L	I	S	C

RO-RO
SILVER
CATFACE
METRO
COBRA
NINJA
ZOO
QUESO
ITALIA
PASTA

Dejad paso a Ro-Ro, una gata ninja nada ordinaria que viene con ganas de vivir las aventuras más locas. Una serie para lectores independientes con montones de ilustraciones

.



La gata Ro-Ro y su hermano Silver viven a sus anchas en una casa londinense. Ro-Ro es casi completamente ciega y aprendió a usar sus instintos gracias a un maestro gato-ninja italiano que le enseñó todos sus trucos. Durante el día Ro-Roy Silver son gatos comunes, pero por la noche viven las aventuras más locas.

Cuando una noche anuncian en las noticias que una cobra gigante ha escapado del Zoo de Londres, llega el momento de que Toto y Silver pasen a la acción. Con la ayuda de un gato muy aristocrático y dos hambrientos tigres, ¿conseguirán encontrar a la serpiente a tiempo?

Dermot O'Leary es muy conocido en Gran Bretaña por su trabajo en la televisión y la radio nacionales. Ha presentado programas como la versión infantil de *Gran Hermano* y *Factor X*. Es el presentador habitual del espectáculo benéfico anual de SoccerAid, que consiste en un partido de fútbol amistoso entre famosos a favor de Unicef. En 2014, fue el presentador de la innovadora temporada de *Live from Space*, que retransmitió un programa especial interactivo en directo durante dos horas desde la Estación Espacial Internacional (EEI) y el centro de control de Houston mientras la EEI completaba una órbita completa alrededor de la Tierra.

Tiene su propio programa radiofónico y ha ganado tres premios por él.

Ro-Ro, la gata ninja, y la fuga de la cobra real es el primer libro para niños de Dermot.

Vive en Londres con su mujer, Dee.



Título original: *Toto the Ninja Cat and the Great Snake Escape*

Publicado originalmente en Gran Bretaña en 2017 por Hodder & Stoughton

Primera edición: junio de 2023

© 2017, Dermot O'Leary, por el texto
© 2017, Nick East, por las ilustraciones
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U., por la edición española
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Isabel Hurtado de Mendoza Azaola, por la traducción

Los personajes y lugares que aparecen en esta obra, aparte de aquellos claramente de dominio público, son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, hechos o lugares es pura coincidencia.

Diseño de portada: adaptación de Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Nick East

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-272-3493-2

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: editorialmolino
Twitter: @EdMolino
Instagram: @editorialmolino
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club





Índice